



# La Defensa Apostólica del Evangelio

La Apologética

Cristiana del

Nuevo Testamento

por F. F. Bruce

Profesor de la Cátedra Rylands de Crítica y  
Exégesis Bíblica de la Universidad de Manchester



## INDICE

	Pag.
Prefacio.....	3
Introducción.....	4
I. El Evangelio Enfrenta al Judaísmo.....	6
II. El Evangelio Enfrenta al Paganismo.....	17
III. El Evangelio Enfrenta al Imperio Romano.....	29
IV. El Evangelio Enfrenta al Pseudo-Cristianismo.....	42
V. La Finalidad del Evangelio.....	55

## P r e f a c i o

Este libro contiene las cinco conferencias sobre la apologética cristiana en el Nuevo Testamento, dictadas por su autor en el Colegio y Seminario Calvino de Grand Rapids, Michigan (Estados Unidos de Norte América), con los auspicios de la Fundación Calvino, en el mes de Abril de 1958. Un resumen de las mismas fue pronunciado en una sola conferencia en el Seminario Teológico de Princeton (New Jersey), y en el Seminario Teológico Western, de Holland (Michigan).

Al entregar esta obra para su publicación, recuerdo con viva gratitud la gentileza y la buena compañía que disfruté en los lugares mencionados, especialmente, y en todos los demás lugares de los Estados Unidos que visité. Mencionar algunos nombres individuales no sería justo, porque son muchas las personas que hicieron placentera mi estada en ese país. Lo menos que puedo hacer en reconocimiento de esa hospitalidad, es dedicar este pequeño libro, inadecuado, como es, en señal de gratitud, a todos mis amigos y colegas norteamericanos

F. F. B.

## INTRODUCCION

"Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros" (1 Pedro 3:15).

Estas palabras, dirigidas por el apóstol Pedro a los cristianos de Asia Menor, alrededor del año 63 de nuestra era, en momentos en que su fe se vio expuesta a pruebas muy severas, demuestran que el Nuevo Testamento nos autoriza a utilizar la apologética cristiana. Precisamente la palabra que en el pasaje aludido aparece por defensa, es **apología**, de donde se deriva el término que estamos usando. Es la misma voz que emplea el apóstol Pablo en Filipenses 1:7 y 16, donde habla de sí mismo como puesto en prisión "para la defensa del Evangelio".

El segundo siglo después de Cristo es conocido generalmente como "*la era de los apologistas*". Fue la época cuando los dirigentes cristianos comenzaron a replicar contra la política represiva del estado romano, y consideraron que la pluma es un arma más poderosa y más digna que la espada. En la primera parte de aquel siglo encontramos los escritos apologéticos de Quadrato y Arístides; al promediar esa centuria tenemos los de Justino Mártir, mientras que Minucio Felix y Tertuliano cierran la marcha de ese siglo.

Los apologistas de aquel segundo siglo declararon que el cristianismo es inocente y ajenos de los cargos de sedición e inmoralidad que se le atribuyen, y que resulta absurdo acusar falsamente a personas honradas y celosas guardianas de la ley, de crímenes y vicios atribuídos libremente a los dioses que adoran los acusadores.

El cristianismo, agregaron, es la religión final y verdadera, en contraste con la imperfección del judaísmo y los errores del paganismo. No sólo es el cristianismo el cumplimiento debido a esa revelación anterior que Dios ofreció por medio de los profetas de Israel en los tiempos del Antiguo Testamento, sino que suple, también, las respuestas a las interrogantes y aspiraciones que expresan las filosofías y cultos de las demás naciones. Desde el principio hubo la intención de que fuera una religión universal.

Así fue cómo argumentaron con variado énfasis. Pero las líneas principales del argumento apologético que se encuentra en los escritos de aquellos hombres del siglo segundo, ya estaban tendidas en la primera centuria, y son fácilmente reconocibles en el Nuevo Testamento. En los capítulos que siguen, hemos de ocuparnos de esa apologética del Nuevo Testamento. Y es posible que, a lo largo del estudio de ella descubramos las líneas de defensa que deberían estar extendidas, y actuando, en nuestro propio día, una

vez hechas las concesiones necesarias para señalar las distintas situaciones que median entre el primer siglo y el nuestro.

Pero tanto en polémica como en apologética, como en toda otra forma de testimonio cristiano, el propósito debe ser siempre presentar al Salvador a otras personas. La victoria en un debate es estéril y sin valor, comparada con el hecho de ganar hombres y mujeres para la causa de Cristo. Si a veces nos sentimos inclinados a olvidarlo, los apologistas cristianos de la primera centuria nos ayudarán a refrescar la memoria.

Nos recordarán, también que, aunque Jesucristo es siempre el mismo y el Evangelio no sufre cambios ni variaciones, los medios adoptados para defender la fe pueden verse modificados de muchas maneras y de acuerdo a la situación en que se encuentre el apologista y el público ante el cual se presenta. Los apologistas del Nuevo Testamento fueron hombres que comprendieron los tiempos en que vivieron. El reino de Dios llama hoy imperiosamente a tal clase de hombres.

## CAPITULO I

### El Evangelio Enfrenta al Judaísmo

El Evangelio enfrentó al judaísmo cuando Jesús discutió con los dirigentes de la sinagoga de Galilea y con los escribas y fariseos en los atrios del templo de Jerusalén, como también cuando estuvo de pie ante el Sanedrín y les aseguró que él era el Mesías (si es que ellos preferían que empleara ese término), y que también lo contemplarían vindicado, a la diestra de Dios y testificarían su visitación en juicio. Jesús y sus pretensiones constituían una amenaza para la situación *"establecida"* en Judea, y los propios intereses de esa gente, tal como ellos consideraban la situación, exigían que él fuera quitado de en medio.

#### I. La Predicación Apostólica

Pero, lejos de librarse de Jesús, aquella gente descubrió bien pronto que tenían que vérselas de nuevo con sus pretensiones, y en una forma que les resultó hartamente intratable. Los seguidores de Jesús -que se podría haber esperado que hubiesen desaparecido en la oscuridad de Galilea de donde habían surgido, dado el pánico que los sobrecogió cuando Jesús fue arrestado- volvieron a Jerusalén y comenzaron una campaña de propaganda pública en favor del mesianismo del Maestro que había sido crucificado recientemente.

Proclamaron que Jesús era el Mesías por tanto tiempo esperado; que las escrituras proféticas que predijeron la llegada del Mesías se habían cumplido en el ministerio, sufrimiento y triunfo de Jesús, y que las obras poderosas que realizó, fueron otras tantas *"señales"* que indicaban que en El había llegado la era mesiánica.

Los cristianos del siglo primero, a igual que sus sucesores del segundo y muchos siglos después, consideraron que el argumento de las profecías y el argumento de los milagros, eran las evidencias de la verdad más fuerte del Evangelio. Hoy día se considera, más o menos, que son una piedra de tropiezo, en parte, sin duda, porque ellos representan una actitud hacia al Antiguo Testamento y una visión del mundo, que no armonizan con la modalidad dominante del pensamiento contemporáneo. Y es posible que parte de nuestra apologética consista en convencer a la gente de nuestros tiempos de que, como lo dijo Jesús a los saduceos, está equivocada, porque ignora "las Escrituras y el poder de Dios" (Mateo 22:29). Es necesario inculcar una nueva conciencia en cuanto a las Sagradas Escrituras como la palabra escrita de Dios, y una nueva conciencia de lo sobrenatural: nueva conciencia de Dios operando en el mundo que El ha creado.

La proclamación de los apóstoles consistió en la argumentación de las profecías y en la argumentación del milagro, y las dos coincidieron y culminaron en la resurrección de Jesús. Esta fue la señal mesiánica suprema, la demostración más grande del poder de Dios, y fue, al mismo tiempo, el cumplimiento concluyente de aquellas profecías que indicaban al Mesías. Y no sólo eso. Era algo a lo cual los apóstoles podían aportar su propio testimonio directo. "A este resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos" (Hechos 2:32).

Ellos afirmaron que Dios, al levantar a Jesús de entre los muertos, había cumplido su promesa de dar a su pueblo "las misericordias firmes" predichas a David y a su linaje (Isaías 55:3, citado en Hechos 13:34) -las bendiciones firmes que incluían la seguridad de que el Hijo más importante de David no sería dejado en el Seol y que su carne no vería corrupción (Salmo 16:10, citado en Hechos 2:25 y sig. y 13:35). Nadie, jamás, había sido librado de la muerte de esa manera: Jesús, entonces, era indudablemente el Mesías, entronizado a la diestra de Dios de acuerdo al oráculo del Salmo 90:1 (Hechos 2:34 y sig.). El fue el siervo obediente del Señor, exaltado y ensalzado y hecho muy superior después de su sumisión para sufrir inmerecidamente la muerte (Isaías 52:13 y sig.). Aquellos que anteriormente no lo habían reconocido a él, ahora podían apurarse y arrepentirse. Si lo hacían, sus pecados serían perdonados, y las bendiciones de la era mesiánica serían de ellos.

Esta fue la esencia del mensaje apostólico anunciado confiadamente en aquellos primeros días. La defensa del Evangelio en aquella etapa consistió en la defensa de las afirmaciones de Jesús de que él era el Hijo de Dios y el Mesías -pretensión desaprobada apresuradamente por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo judío, pero confirmada por el acto de Dios, como los apóstoles pudieron testimoniar de su propia experiencia.

Está fuera de duda que el argumento de la resurrección de Jesús era especialmente fuerte en una época en que pudo ser esgrimido por los hombres que realmente lo vieron vivo después de su pasión y muerte, y oyeron de los labios del Señor resucitado una interpretación de todas las Escrituras, en cuanto a "lo que de él decían". Pero los cristianos de nuestros días pueden dar énfasis, también, a la evidencia de la resurrección del Señor y blandirla como un argumento muy poderoso de la verdad cristiana; y su evidencia será tanto más efectiva y convincente, si el poder de la vida de Cristo opera en la vida de ellos de un modo tal, que quienes les rodean puedan constatarlo.

## II. La Ofensa de la Cruz

Pero muchos de entre los oyentes de los apóstoles, que eran judíos, tuvieron conciencia de una verdad insuperable. ¿Cómo podía el crucificado ser el Mesías? Desde todo punto de vista -menos el de los apóstoles- la crucifixión de Jesús debe haber constituido una desventaja para ellos cuando hablaban en público, y en realidad hubo que dar una explicación de la crucifixión en todas las fases del testimonio y de la apologética cristiana. La crucifixión de Jesús resultó ser un obstáculo formidable para que ellos lo aceptaran como el Mesías designado por Dios. ¿Cómo era posible que el Mesías, sobre quien descansaba la bendición de Dios de un modo único, muriera una muerte sobre la cual se había pronunciado la maldición de Dios? Porque estaba escrito claramente en la ley: "Maldito por Dios es el colgado" (Deuteronomio 21:23). Y era innegable que Jesús estaba catalogado como *"un hombre colgado"*, y resultaba blasfemo sugerir que uno que de un modo tan evidente estaba maldecido por Dios, pudiera ser el Mesías de Israel.

Parece que los apóstoles enfrentaron abiertamente esta objeción desde los primeros días de su predicación, porque cuando describen el modo cómo aconteció la muerte de Jesús, escogieron un lenguaje seleccionado que deliberadamente recordó a los oyentes esa terrible sentencia de la ley, y cuando fueron acusados de violar la prohibición de enseñar en el nombre de Jesús y se defendieron ante el Sanedrín, declararon: "El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero" (Hechos 5:30). Y Pedro, cuando narró a Cornelio la historia de Jesús, les dijo: "Ellos lo mataron colgándole en un madero" (Hechos 10:39). Los apóstoles supieron muy bien lo que implicaba ser colgado en un madero; sin embargo, no vacilaron, ni por un momento, en proclamar que quien había sido colgado, era Señor y Mesías, Príncipe y Salvador. Y ellos basaron esa proclamación afirmados en el hecho de que Dios había levantado a Jesús de entre los muertos, y que cualquier significado que se pudiera atribuir a la forma de muerte que él había muerto, tenía que estar sujeto al significado indudable de su resurrección.

Es probable que el modo cómo murió Jesús, haya sido el argumento que Pablo empleara contra las pretensiones de los discípulos, antes de su conversión al cristianismo. Jesús había muerto bajo la maldición de Dios y, por consiguiente, no podía ser el Mesías; quienes alegaban que lo era, eran blasfemos e impostores autosugestionados. Pero cuando le tocó el turno a Pablo de ver al Señor resucitado, inmediatamente se convenció de que él era en realidad el Mesías, el Hijo de Dios, posición que era totalmente contraria a sus creencias anteriores. Su muerte por crucifixión no tenía las implicaciones que Pablo creía que tenía. Con todo, el hecho de que el Mesías sufrió una muerte maldita debe haber tenido alguna implicación extraordinaria, y Pablo se propuso exponer esa implicancia en lo que es probablemente el más antiguo de sus escritos, y la maldición



pronunciada en Deuteronomio 21:23 quedó paralelizada con otra maldición que aparece más tarde en el mismo libro: "Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas" (Deuteronomio 27:26). Ahora bien, dice Pablo, "todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, porque está escrito, 'Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas'...Cristo nos redimió de la maldición de la ley hecho por nosotros maldición -porque está escrito: Maldito todo aquel que es colgado en un madero- para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu" (Gálatas 3:10,13 y sig.).

Es decir que Cristo, al llevar la maldición de Dios en una forma (la muerte por crucifixión), liberó a su pueblo que estaba bajo la maldición en otra forma (por no haber guardado la ley de Dios en su totalidad), y aseguró para ellos las bendiciones del Evangelio. Es bien posible que la solución de este problema haya tomado forma en la mente de Pablo, más bien temprano en el período inmediato a su conversión, al quedar la totalidad de su pensamiento reorientada alrededor de un centro completamente distinto. No es posible afirmar con seguridad si a los apóstoles más antiguos se les presentó una solución semejante, pero ellos deben haber encontrado alguna explicación satisfactoria a la paradoja de que los enemigos del Mesías hubiesen podido matar al Señor, "colgándole en un madero".

En un resumen bien conocido de la predicación que era común a los otros apóstoles y a él mismo, Pablo asigna el primer lugar a la afirmación que "Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras" (I Corintios 15:3). Esta aseveración, que es parte de la tradición cristiana primitiva que Pablo declara haber "*recibido*", no sólo declara el hecho aceptado de que Jesús murió, sino que, al especificar que "*Cristo murió*", asegura que quien murió era el Ungido del Señor. Y agrega que soportó esa muerte por los pecados de su pueblo, y que al morir de esa manera cumplió las escrituras sagradas. ¿Cuáles Escrituras? Preeminentemente, sin duda, aunque no exclusivamente, las Escrituras que describen los sufrimientos y muerte del Siervo obediente del Señor, cuando "llevó el pecado de muchos" (especialmente Isaías 52:13 al 53:12).

La predicación apostólica se vio obligada a incluir un elemento apologético, si es que iba a ser vencida la piedra de escándalo de la cruz; y la *kerygma* tiene que ser, en cierto grado, apología. Y la apología no fue invento de los apóstoles; todos la habían "*recibido*" del Señor. Para comenzar, la cruz había sido una piedra de tropiezo para los mismos apóstoles, hasta que el Señor resucitado se les apareció y les preguntó: "¿No era necesario que el Cristo padeciese estas cosas, y que entrara en su gloria?" (Lucas 24:26). Sí, era necesario, porque estaba escrito, "y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Lucas

24:27). Y Pablo, que había "*recibido*" este relato de la muerte de Cristo entre las cosas de "*primera importancia*", pudo decir más tarde a un rey judío, de acuerdo con ellas, que en su ministerio apostólico no decía "nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habrían de suceder: que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles" (Hechos 26:22 y sig.).

### III. La Incredulidad de Israel

Pero si Jesús era en realidad el Mesías prometido de Israel, y si su muerte estaba predicha de un modo tan claro en las Escrituras, ¿por qué se negó la mayor parte de Israel a reconocerlo como tal?

Este fue otro aspecto del problema judío que los primeros cristianos apologistas tuvieron que afrontar, y no surgió originariamente en la era apostólica, sino que estuvo presente en el ministerio público de Jesús. En los Evangelios Sinópticos y en el de Juan se lo descubre en forma clara. Marcos en una etapa primitiva de su relato, narra cinco encuentros de Jesús en que mantuvo controversias con los dirigentes religiosos del pueblo, en tal forma que el lector recibe la impresión de que ya desde el principio se desarrolló rápidamente un conflicto que culminó con la crucifixión (Marcos 2:1-3:69. Jesús mismo llamó la atención al hecho de que la mayoría de sus oyentes se resistían a creer su mensaje o a reconocer las implicaciones de su propia presencia y ministerio en medio de ellos, e indicó que la historia volvía a repetirse, ya que sus antepasados también habían rehusado aceptar lo que Dios quiso decirles por medio de sus siervos los profetas. Isaías, por ejemplo, es advertido desde el comienzo de su carrera profética que su mensaje, presentado por acciones y palabras, sería dirigido infructuosamente a ojos que no querían ver y a oídos que no querían oír, y así sucedió (Isaías 6:9 y sig., citado en Marcos 4:12). Quienes escucharon en Israel profesaron lealtad a Dios, pero de labios solamente, puesto que su corazón estaba lejos de El y preferían sus propias ideas a la palabra de Dios; y similarmente, los dirigentes religiosos del tiempo de Jesús habían convertido la palabra de Dios en letra muerta, aferrándose a sus tradiciones, prefiriéndolas al mensaje libertador del reino divino (Isaías 29:13, citado en Marcos 7:6 y sig.). (Salmo 118:22 y sig., citado en Marcos 12:10 y sig.). (Marcos 12:12).

Llama la atención la regularidad con que el Nuevo Testamento apela al libro del profeta Isaías cuando trata el problema de la incredulidad de Israel, y es evidente que Jesús hizo uso reiterado de ese libro. El relato que Jesús ofrece de la parábola de la viña, o sea el rechazo de la piedra del Salmo 118:22, está identificado con la piedra de tropiezo de Isaías 8:14 y sig., contra la cual muchos tropezarían y caerían; como también con la

piedra de Daniel 2:34 y sig., que fue cortada sin el auxilio de la mano y pulverizó la grandiosa estructura del dominio pagano, que fue reemplazado por el reino de Dios (Lucas 20:17 y sig.). Y el apóstol Pablo en Romanos 9:32, y el apóstol Pedro en 2:6, agregan un eslabón más a la cadena de testimonios acerca de *"la piedra"*, y lo hacen con contextos que tratan con el problema de aquellos que tropiezan contra el evangelio de Cristo, en vez de aceptarlo por medio de la fe. "Ellos tropiezan", dice Pedro, "porque desobedecen a la palabra, a lo cual fueron también destinados" (I Pedro 2:8). ¿Destinados cómo? Destinados por la palabra de Dios en la escrituras proféticas, y especialmente en el libro de Isaías.

#### IV. La Defensa de Esteban

Podemos detenernos para considerar una exposición distintiva del problema de la incredulidad de Israel: el discurso que Esteban pronunció según está narrado en el capítulo 7 del libro de Los Hechos.

Este discurso es llamado, generalmente, *"la apología de Esteban"*, pero hemos de observar qué clase de apología es, porque aunque fue pronunciado ante una corte legal y por un hombre que se jugaba la vida con su defensa, no constituyó, en realidad, una defensa jurídica. Nadie habría imaginado que los jueces hubiesen de pronunciar la sentencia de *"inocente"*. Es, más bien, una apología en el sentido de que se trata de la defensa razonada de la posición que Esteban ha mantenido en la sinagoga en Jerusalén, y puede ser considerado como ejemplo de la apologética cristiana helenista contra las objeciones judías al Evangelio (Helenista, en este caso, se refiere a los judíos que hablaban griego, porque según Los Hechos 6:1 y sig., había un grupo influyente de ellos en la primitiva iglesia de Jerusalén).

Esteban, que era uno de los dirigentes del sector helenista de la iglesia de Jerusalén durante los años inmediatos a sus comienzos, estaba dotado de un discernimiento agudo y excepcional de los propósitos de Dios tocante a las implicaciones del Evangelio relacionadas con el judaísmo. El orden Antiguo y Nuevo eran incompatibles.

El Sanedrín ya había tratado infructuosamente de fijar en Jesús mismo la acusación de hablar contra el templo; pero el caso de Esteban le abrió las posibilidades de mejor éxito. Además, si podía comprobar la culpabilidad de Esteban, el Sanedrín sabía que tendría al pueblo de Jerusalén de parte suya. Porque los apóstoles habían gozado del beneplácito popular gracias a que el Sanedrín no había creído conveniente proceder con rigor contra ellos; pero si los apóstoles, y la comunidad que dirigían, podían quedar comprendidos en la acusación levantada contra Esteban, entonces sería fácil asestar un golpe rudo contra

ellos. Esteban, invitado a responder la acusación, escudó su defensa apelando a la historia del Antiguo Testamento.

El templo de Jerusalén, dijo, no pertenece a la esencia misma de la religión verdadera. Dios había manifestado su presencia en tiempos antiguos, fuera de los límites de la Tierra Prometida:

1. a Abraham en Mesopotamia;
2. a José en Egipto; a Moisés en el Monte Sinaí;
3. y mucho tiempo antes de que fuera construido algún santuario para el Dios de Israel, existió todo cuanto era necesario para adorarle.

Cuando quedó construido finalmente el santuario para Dios, era un tabernáculo movable, como correspondía a un pueblo que estaba en peregrinaje, que siempre tenía que estar listo, como su antecesor Abraham, a levantar las estacas y continuar la marcha en el momento en que se le daba la orden. Fue recién en el reinado de Salomón que se edificó una casa inamovible para que alojara la presencia de Dios en medio de Israel. Pero la desventaja de esa casa consistió en que el pueblo se sintió tentado a creer que Dios podía quedar confinado dentro de un templo hecho por manos humanas, de modo que pudieran tenerlo a su alcance cuando ellos quisieran. Fueron advertidos de esa falsa actitud, pero la admonición cayó en oídos sordos. Salomón dijo en su oración dedicatoria: "He aquí que los cielos, y los cielos de los cielos, no te pueden contener. ¡Cuánto menos esta casa que yo te he edificado!" (I Reyes 8:27), y Dios subrayó la misma lección por medio de sus profetas cuando dijo: "El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies. ¿Dónde esta la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas son mías" (Isaías 66:1 y sig.).

Pero el pueblo no prestó atención; el templo fue para ellos un talismán en el que colocaron su confianza, en vez de ponerla en el Dios viviente. En la gran proclama que Jeremías pronunció desde la puerta del templo, instó al pueblo a que abandonara ese engaño: "No fiéis en palabra de mentira, diciendo, `Este es el templo de Jehová, el templo de Jehová, el templo de Jehová'" (Jeremías 7:4). También les advirtió que el templo de Jerusalén correría la misma suerte que había sufrido el santuario de Siloé años atrás.

Y ahora Esteban, sobre quien había caído el manto de Jeremías, puso sobre aviso a sus oyentes, exhortándoles a que no pusieran su confianza en el segundo templo como sus antepasados lo habían colocado en el primero. Jeremías no predijo expresamente la destrucción del segundo templo, pero su destrucción se puede inferir claramente de sus palabras. De cualquier manera que sea, lo que Jesús había dicho al respecto era conocido, probablemente, por los miembros del Sanedrín. Pero el llamado de Dios a su

pueblo indicaba ahora que debían abandonar la seguridad que imaginaban que tenían en sus cultos tradicionales, y seguir adelante, como Abraham, a dondequiera Dios quisiera conducirlos. (No es por accidente que Lucas presenta la misión a los gentiles como la secuela inmediata del ministerio de Esteban). La gente, sin embargo, a semejanza de sus antepasados en el desierto, desearon mirar hacia atrás en vez de hacia adelante. La acusación de hablar contra Dios surgió precisamente de un pueblo cuyos antecesores se habían revelado constantemente contra El, adorando desde el becerro de oro en el desierto, hasta -en épocas posteriores- los cuerpos planetarios. Aquella generación se manifestó dispuesta a seguir con entusiasmo el ejemplo de sus antepasados, negándose a prestar atención al llamado de Dios.

Y el cargo de hablar contra Moisés procedió de un pueblo cuyos padres habían repudiado consistentemente a Moisés y matado a los profetas; de un pueblo que ya había colmado la medida de sus antepasados, al repudiar y matar al Justo que Moisés y los profetas habían dicho que vendría.

Pero la defensa de Esteban viró en un ataque, librado con verdadera vena profética. Bien podemos imaginar la clase de respuesta que se podría haber esperado de parte de un judío piadoso de la talla de un Ben Sira, el autor del Eclesiástico, quien se colocó en el lado luminoso de la historia de su pueblo, y no en el oscuro. Pero Esteban no habló a un auditorio compuesto por judíos piadosos de la hechura de un Ben Sira, sino a la misma corte que pocos años atrás había sentenciado a muerte al Señor de los profetas. Con este acto, la gente a quien representaba el Sanedrín, materializó su oposición secular a Dios y a sus mensajeros, rechazando a Cristo.

Aquí tenemos, pues, un ejemplo primitivo de la apologética cristiana helenista contra los judíos. En la generación siguiente retumbaron algunos ecos en la Epístola a los Hebreos, y volvieron a retumbar en la Epístola de Bernabé en la subsiguiente. Pero, en realidad de verdad, esos ecos pudieron escucharse hasta en los círculos hebreos-cristianos más estrictos después de la caída de Jerusalén en el año 70. Además, el hecho de que Dios permitiera que el templo fuera destruido, hizo pensar a un grupo de hebreos cristianos, que hasta entonces habían conservado veneración por ese edificio, que Dios nunca tuvo la intención de instituir el ritual de los sacrificios. Sin embargo, el pensamiento de Esteban, expresado treinta años antes que estallara la guerra de los judíos, no se vio afectado por los sucesos de esa guerra, sino por la lógica del hecho de Cristo.

#### V. La Restauración que Vendrá

La defensa de Esteban no contiene ninguna nota de esperanza para la nación que había rechazado la palabra de Dios dirigida por medio de los profetas en épocas anteriores y

que acababa de coronar su rebeldía contra El, matando a su propio Hijo. Pero la situación no podía quedar en ese plano, porque si eso acontecía, entonces surgiría en la teodicea un problema muy grave.

Entre los opositores de Esteban se encontraba en aquel momento "un joven llamado Saulo", que se mostró tan convencido como el acusado de que el orden antiguo y nuevo eran incompatibles. Pero mientras que la conclusión de Esteban era que puesto que el nuevo orden había arribado, el antiguo tenía que desaparecer, la conclusión de Saulo era que no había que poner en peligro el orden antiguo y que, por consiguiente, el orden nuevo era el que tenía que desaparecer. Sin embargo, no mucho tiempo después del juicio y muerte de Esteban, Saulo de Tarso experimentó un cambio revolucionario tal, que lo transformó del más activo y tozudo perseguidor del nuevo orden que era, en su campeón más enérgico y decidido. Para Saulo de Tarso el orden antiguo tomó la forma de una dispensación temporaria dispuesta por Dios hasta que llegara el tiempo del cumplimiento de las promesas hechas a Abraham, y a los demás patriarcas, siglos antes que se promulgara la ley. Reconoció cabalmente, como Esteban, las implicaciones trágicas que acarreó el fracaso de Israel al rechazar a la Persona en quien se habían cumplido las promesas de Dios. Pero la tragedia consistió principalmente en esto: que el pueblo de Israel podría haber tributado la bienvenida más cordial a esa Persona, dado que fue entre ellos que Dios había preparado el camino para el advenimiento del Salvador, y del modo más prominente. "Ellos son israelitas", escribió años más tarde Saulo de Tarso convertido en el apóstol Pablo, "de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas y de los cuales vino Cristo, según la carne" (Romanos 9:4 y sig.). Los patriarcas recibieron las promesas, que habían de ser cumplidas en sus descendientes; pero los descendientes de los patriarcas rechazaron el cumplimiento de las promesas cuando vino.

Pero, ¿quiso decir esto que el plan de Dios se vio frustrado? ¿Que El rechazó a su propio pueblo? ¡Lejos de ello! En primer lugar, surge del relato del Antiguo Testamento que Dios continuó siempre con el plan de escoger a algunos para la consecución de su propósito, y pasar por alto a otros. En segundo lugar, es igualmente evidente de la narración del Antiguo Testamento que Israel mostró ser "un pueblo rebelde y contradictor" (Isaías 65:2, citado en Romanos 10:21), mucho tiempo antes de la venida de Cristo. Ellos, al rechazar a Cristo, no adoptaron una actitud que no tuviera precedentes en la revelación de Dios, y era cierto, también, que a lo largo de toda la historia de Israel hubo siempre un residuo fiel y verdadero, y que del mismo modo era ahora. Pablo reunía en su propia persona la evidencia suficiente de que Dios tenía todavía reservado para sí "un remanente escogido por gracia" (Romanos 11:5). La existencia de ese remanente, ahora y antes, garantiza la realización del propósito de Dios, y por medio del remanente de Israel actual se cumple la misión divina de desparramar el

conocimiento de Dios entre los gentiles, a medida que el evangelio es predicado entre las naciones.

Pero, ¿qué de la mayoría de los israelitas que no aceptaron el Mesías? ¿Podemos designarlos simplemente como "vasos de ira preparados para la destrucción" y dejar el asunto allí? Podría ser que algunos se contentaran con hacerlo, pero Pablo no estaría entre ellos. Es cierto que su rechazo actual del evangelio no sólo está de acuerdo con la conducta observada de sus antepasados, sino es el cumplimiento de predicciones específicas del Antiguo Testamento. Su incredulidad fue predicha siglos antes por Isaías cuando dijo, "Dios les dio espíritu de estupor, ojos con que no vean y oídos con que no oigan, hasta el día de hoy" (Isaías 29:10, citado en Romanos 11:18). Pablo comprendió muy bien su situación, porque él mismo había estado antes dominado por este "*espíritu de estupor*", hasta que sus ojos fueron abiertos en el camino a Damasco, y sus oídos destapados. Pero ese triste estado de cosas no habría de durar para siempre. El endurecimiento de corazón que había sobrecogido a Israel afectó solamente a una parte de la población, aunque a la más numerosa pero en forma temporaria únicamente. Dios, es su sabiduría infinita, había ordenado las cosas de tal manera, que este endurecimiento parcial y temporal de Israel, fuera la ocasión para el esparcimiento rápido de las bendiciones del evangelio entre las naciones gentiles, y en escala mundial. La secuela que acompañará a esta bendición de los gentiles, será el adelanto de los propósitos finales de Dios tocantes a Israel. Porque Dios había dicho por boca de Moisés: "Yo también los provocaré a celos con un pueblo que no es pueblo; los provocaré a ira con una nación insensata" (Deuteronomio 32:21, citado en Romanos 10:19). Y el significado total de estas palabras aparecerá cuando el Israel incrédulo, viendo el derramamiento de Dios entre los gentiles, dirá, movido a celos, "*Tales bendiciones son nuestras por derecho. ¿Por qué han de gozarlas los gentiles, mientras nosotros quedamos excluidos de ellas?*". Y así, sacudidos de su espíritu de estupor, verán y oirán bien y reclamarán a Cristo y el evangelio para ellos mismos. Pablo, dirigiéndose a los creyentes gentiles resume la situación de esta forma: "Pues como también vosotros erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también éstos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia. Porque Dios sujetó a todos los hombres en desobediencia, para tener misericordia de todos" (Romanos 11:30-32). Es así, pues, como Pablo, asciende a la cúspide de su gran argumento y resuelve el problema de la teodicea provocada por la incredulidad de Israel, y de un modo tal que hace justicia a todos los principios del evangelio: *sola gratia, sola fide, soli Deo gloria*.

Mientras tanto, la presentación de las bendiciones del evangelio a los gentiles es, en sí, un tema de las profecías del Antiguo Testamento, y de este modo iniciamos nuestro próximo estudio, o sea la defensa del evangelio en relación con el paganismo.

La defensa del evangelio ante el mundo judío de nuestro tiempo es un deber que todavía deben cumplir los cristianos; pero implica una responsabilidad mucho más delicada en el siglo veinte que lo que fue en el primero de nuestra era. Los testigos cristianos que presentaron el evangelio a los judíos de los días del Nuevo Testamento, lo hicieron con manos limpias. Los cristianos de nuestra época tienen que reconocer con humildad y arrepentimiento, que nada podría haber sido menos calculado para recomendar el evangelio a los judíos, que la actitud demostrada hacia ellos, generación tras generación, por gente que se llamaba cristiana. Hay mucha razón en lo que dijo un rabino bien conocido: *"La cristiandad ha escondido de nosotros el rostro de Cristo"*.

El pueblo judío ha pasado en nuestros propios días por una tribulación mayor que cualquier otro pueblo de cualquier otro tiempo, a manos de un sistema que era inherentemente tan anticristiano como antijudío. Es posible que con esta consumación de la comprensión "connatural" del sufrimiento que los judíos han acumulado a través de los siglos, puedan encontrar menos dificultades en reconocer en Jesús al Siervo Sufriente quien, al llevar la aflicción de su propio pueblo, es la esperanza y la salvación de Israel.



El Evangelio Enfrenta al Paganismo

I. Insensatez para los Griegos

Si la proclamación de Cristo crucificado fue un escándalo para los judíos piadosos, fue una insensatez para los gentiles sensatos, especialmente para aquellos que conscientemente se sentían herederos de la cultura griega. Para ellos la cruz no constituyó un problema teológico sino un obstáculo de orden práctico que les impedía pensar seriamente en el evangelio. ¿Cómo podía esperarse que aceptaran a un Libertador, a un Guía y a un Señor que no tenía ni los conocimientos ni el poder necesarios para salvarse a sí mismo de semejante muerte ignominiosa?

Los apologistas cristianos de la primera centuria no se esforzaron por ocultar el hecho de la cruz con el propósito de hacer más agradable su mensaje al paladar de sus auditores gentiles. Al contrario: lo presentaron en la vanguardia de su mensaje, y aceptaron lisa y llanamente, que según las normas de la sabiduría y el poderío, el Cristo crucificado es un espectáculo de necedad e impotencia. Sin embargo, por medio de Cristo crucificado Dios había alcanzado y conseguido lo que todas las formas de la sabiduría y del poder jamás habían podido alcanzar: la redención de hombres y mujeres que anteriormente fueron esclavos del pecado. Y esto demostró a las claras que las normas aceptadas de la sabiduría y el poder, no son las normas de Dios.

*"Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; pero para los llamados, así judíos como griegos, Cristo es el poder de Dios, y la sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres" (I Corintios 1:18-25).*

Así se expresó el principal defensor del evangelio en la era apostólica. Y con semejante defensa, el evangelio presentó un desafío directo a la filosofía pagana, del mismo modo que lo hizo a la ley del judaísmo.

## II. El Ataque a la Idolatría

Si el evangelio desafió hasta las manifestaciones más elevadas de la cultura pagana, mucho más desafió a aquellas manifestaciones que eran ofensivas especialmente a los ojos de los judíos y cristianos monoteístas, es decir, las varias formas de la idolatría pagana. Aquí vemos, como en ninguna otra parte, cómo la defensa de la verdad implica la refutación del error.

La religión pagana era ofensiva porque adoraba a muchos dioses en vez de uno solo; adoraba dioses que no eran tales sino, más bien, demonios; adoraba a dioses representados por imágenes visibles y tangibles. La religión pagana era idólatra hasta la médula. Las mentalidades más sofisticadas de entre los paganos señalaron que la imagen no es la deidad, sino únicamente la representación de la deidad, pero para las mentalidades menos sofisticadas, -y esto significa la mayoría de los paganos-, el ídolo incorporaba a tal punto la personalidad de la deidad, que los dos quedaban identificados. Para todos los intentos y propósitos el ídolo era la deidad, y como tal, recibió la adoración directa de sus devotos.

La actitud que asume el Nuevo Testamento frente a la idolatría, perpetúa una tradición que se remonta hasta los tiempos del Antiguo Testamento, cuando el profeta Elías se burló, en el Monte Carmelo, de los profetas enfurecidos de Baal que clamaban a sus dioses para que los escucharan, porque Elías sabía que sus dioses no eran dioses. Un salmista hebreo, hablando a los paganos, les dijo:

"Vuestros ídolos son de plata y oro,  
obra de manos de los hombres.  
Tienen boca, pero no hablan;  
tienen ojos, pero no ven;  
Tienen orejan, pero no oyen;  
tienen narices, pero no huelen;  
Tienen manos, pero no palpan;  
tienen pies, pero no caminan,  
no hablan con su garganta.

Y los que los hacen son semejantes a ellos,  
y todos los que en ellos confían.  
(Salmos 115:4-8 y 135:15-18).

El pasaje clásico de la exposición de la idolatría en el Antiguo Testamento, se encuentra en Isaías 44:9-20, que describe a un hombre que escoge un buen árbol y lo tala. Parte de

la leña la emplea para prender el fuego con qué cocinar la comida y calentarse; luego, cuando está satisfecho y abrigado, comienza a pensar en algún tema superior y usa el resto de la leña para fabricarse una imagen, ante la cual pueda arrodillarse y decirle, "*¡Líbrame, porque tú eres mi dios!*"

Esta tradición continúa en la literatura judía-helénica en la Carta de Aristeas y el libro de la Sabiduría, y la encontramos después de los tiempos del Nuevo Testamento en los apologistas del siglo segundo. En el Nuevo Testamento tiene una expresión clara en Romanos 1:18-32, que es la gran acusación de Pablo contra el paganismo. Pablo deja sentado bien claro que el paganismo no es meramente la adoración de ídolos en la forma de imágenes talladas o fundidas; la esencia de la idolatría es la adoración de una criatura en vez de el Creador. Y así como el escritor del libro de La Sabiduría afirma que "*la idea de fabricar ídolos fue el comienzo de la fornicación y la invención de ellos fue la corrupción de la vida*" (14:12), Pablo rastrea la proliferación de la inmoralidad pagana de su día hasta llegar a la época cuando los hombres "cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles" (Romanos 1:23).

Sin embargo, el apóstol Pablo subraya que, el mundo pagano, al abandonar el conocimiento del Dios verdadero, no puede alegar excusa, porque el conocimiento de Dios estuvo accesible a ellos, tanto en lo exterior por las obras de la creación, como en lo interior por la voz de la conciencia. Pero Pablo va más lejos que otros escritores que presentaron un juicio similar contra la idolatría y la inmoralidad, porque tejió su acusación en una urdimbre más compacta en la que el pagano y el judío fueron colocados en el mismo pie de igualdad y, por consiguiente, de culpabilidad, ante el trono de la justicia divina.

Con todo, la epístola a los Romanos fue escrita a los cristianos, y en el juicio que formula en el primer capítulo, predica a los convertidos. En el libro de Hechos hay dos pasajes también en que el evangelio confronta directamente al paganismo, y los dos anticipan la línea principal que habría de llevar la apologética cristiana del siglo segundo, contra los paganos. Son los pasajes que relatan la protesta formulada por Bernabé y Pablo contra la idolatría en Listra (Hechos 14:8-18) y la arenga que pronunció Pablo en el Areópago de Atenas (Hechos 17:16-34). En el primer caso, el evangelio tuvo que vérselas con paganos carentes de sofismas. En el segundo, con paganos sofisticados.

### III. La Adoración Pagana en Listra

Durante la campaña misionera en Chipre, que tuvo como base la gran iglesia gentil de Antioquía de Siria, Pablo y Bernabé visitaron la colonia de Listra, ciudad de la región de

Licaonia, en la provincia de Galacia. Allí Pablo curó a un hombre que había sido cojo desde su nacimiento. Los indígenas, es decir la población de Listra que no era romana, se entusiasmaron tanto con el espectáculo, que arribaron a la conclusión de que la ciudad había sido visitada por dioses ultraterrenos. Según la leyenda local, Zeus, el dios supremo, y Hermes, o Mercurio, su heraldo, habían estado anteriormente en esa región, de incógnito; y en realidad existen evidencias arqueológicas de que en esa región se celebraba un culto a Zeus y a Mercurio que continuó hasta bien entrada la era cristiana. Por eso aquella gente creyó que esas deidades habían vuelto a la tierra; que Bernabé era Zeus, y Pablo Mercurio, porque siempre llevaba la palabra. Pero si esos exaltados visitantes habían llegado a Listra, debían ser tratados de un modo semejante, y se pretendió efectuar preparativos similares con el fin de ofrecer a Bernabé y a Pablo honores divinos, y el sacerdote de Zeus Propolis (el Zeus cuyo templo estaba situado frente a las puertas de la ciudad), tomó sobre sí la responsabilidad de ofrecer solemnes sacrificios de bueyes.

Los habitantes de Listra dejaron de muy mala gana los preparativos que habían estado haciendo para los sacrificios, y unos cuantos hasta se atrevieron a hacer caso a las implicaciones contenidas en los consejos dados por los apóstoles.

Los apóstoles en este caso apelaron a la revelación natural de Dios como Creador y Sustentador del universo, al hecho de *"su gracia común"*, en vez de utilizar los argumentos extractados de las profecías y de los milagros, esgrimidos con tanta libertad cuando el evangelio tenía que vérselas con el judaísmo. La lluvia adecuada, las cosechas regulares que no sólo los mantenían vivos sino que los llenaban de alegría y contentamiento, eran todos dones que provenían del Dios vivo a quienes ellos no conocían. ¿Por qué, pues, no abandonar la adoración y el culto a esas divinidades inútiles, que nunca hicieron nada por ellos, y prestar reconocimiento agradecido al Dios verdadero a quienes ellos debían la vida y el sustento?

Muchas veces se ha indicado que existe un gran parecido entre el resumen que Lucas ofrece de la predicación apostólica en Listra, y el relato que Pablo suministra del modo cómo sus convertidos en Tesalónica se hicieron cristianos. "Vosotros os convertisteis de los ídolos a Dios", dice "para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera" (1 Tesalonicenses 1:9,10). Está fuera de toda duda que estas palabras contienen un mensaje cristiano más positivo que cualquier parte del relato de la predicación en Listra; pero la predicación en Listra suministra la primera etapa de la presentación del evangelio a los paganos --etapa innecesaria en el caso de los judíos-- y que estaba calculada para hacerlos "convertir de los ídolos a Dios, para que sirvieran al Dios verdadero". En la segunda etapa se les dijo que el Dios que creó todas las cosas e hizo provisión temporaria para todos los hombres

que El creó, también hizo provisión para su redención espiritual, enviando a su propio Hijo al mundo.

Aunque en la predicación de Listra no aparece ninguna referencia explícita a la revelación del Antiguo Testamento, sin embargo, la predicación está llena de ecos del Antiguo Pacto. La forma cómo Dios es presentado, como el que "hizo los cielos y la tierra, y todas las cosas que en ellos hay" es, de hecho una cita del decálogo (Éxodo 20:11). La descripción de las deidades paganas y sus cultos, como "vanidades" esta completamente de acuerdo con el uso del Antiguo Testamento, tanto en el original hebreo como en el griego de la Septuaginta. La bondad providencial de Dios al enviar la lluvia y las cosechas, es un tema que se repite en el Antiguo Testamento (Génesis 8:22), y la conjunción de "alimento y contentamiento", como dones de Dios, tiene también paralelos en el Antiguo Testamento (Eclesiastés 9:7).

Que "Dios permitió que en los tiempos pasados todas las naciones siguieran sus propios caminos", implica que él ejerció cierta tolerancia que ahora, con el advenimiento del Evangelio, ha llegado a su término. Esta posición se destaca de un modo más cabal en el discurso que Pablo pronunció en Atenas, donde habló de Dios como "pasando por alto los tiempos de esta ignorancia, pero que ahora manda a todos los hombres, en todas partes, que se arrepientan", en vista de la revelación que El ha hecho de sí mismo en Cristo Jesús (Hechos 17:30). En seguida tratamos este discurso más completo, pronunciado posteriormente.

#### IV. Pablo ante el Areópago

Es probable que no existan diez textos en Nuevo Testamento que hayan producido más comentarios que el discurso de Pablo en el Areópago (Hechos 17:22-31). Se han expresado puntos de vista diametralmente opuestos sobre este particular: sobre si Pablo pudo o no haber pronunciado este discurso, tal como aparece en la referencia citada. Llama la atención que los estudiosos clasicistas que han analizado el discurso en su medio natural, son los defensores de su genuinidad. Más que en ningún otro, en este trozo del Nuevo Testamento los investigadores de la antigüedad clásica pisan su propio terreno, y para ellos el pasaje parece auténtico. La mayoría de los eruditos que no aceptan la autenticidad paulina, creen que es un pasaje demasiado distinto a otros lugares de las epístolas paulinas que tratan los mismos asuntos. Varios de estos puntos los consideramos a continuación.

Los debates que Pablo sostuvo en el **agora** ateniense con quienes estuvieron dispuestos a terciar con él, que eran adherentes de las principales escuelas filosóficas, suscitaron cierto interés. Pablo habló con tal énfasis de Jesús y de su resurrección, que algunos de

los oyentes, que no habrán prestado gran atención a lo que decía, imaginaban que estaba recomendando el culto a dos nuevas deidades: **Iesus** y su consorte **Anastasis** (palabras que ellos interpretaron, quizás, como "*Curación*" y "*Restauración*"). Pero un hombre que introducía una nueva religión era colocado bajo la jurisdicción del Areópago, que era la corte más venerable de Atenas, y que gozaba de gran prestigio debido a su antigüedad, y era la que tomaba conocimiento específico de ciertas cuestiones morales y religiosas. Pablo fue llevado, pues, a esa corte, probablemente en la columnata, que era el lugar acostumbrado para reuniones de esa naturaleza en aquellos días. No se le requirió ninguna defensa, como si estuviese acusado de cometer algún delito; más bien se le invitó a exponer sus enseñanzas ante ese cuerpo que tenía la responsabilidad de decidir si contravenía la tranquilidad pública o no.

Pablo procedió en el Areópago al igual que en Listra: no citó expresamente las profecías del Antiguo Testamento que hubieran sido desconocidas para ese auditorio. Las citas directas que contiene su discurso son tomadas de poetas griegos. Pero Pablo no argumentó desde el punto de vista de la clase de "*primeros principios*" que formaban la base de las diversas escuelas filosóficas de Grecia. Basó su exposición y defensa sobre la revelación bíblica de Dios y en ellas se nota el eco del pensamiento y, a veces, hasta del mismo lenguaje del Antiguo Testamento. A semejanza de la revelación bíblica misma, el discurso comenzó con Dios como el Creador de todos, continuó con Dios como el Sustentador de todos, y terminó con Dios como el Juez de todos.

Pablo encontró un punto de contacto con aquella gente en la dedicación de un altar, que ilustraba la intensa religiosidad de los atenienses, cualidad que ya había impresionado anteriormente a muchos otros visitantes de la antigua ciudad. Aquella dedicación decía *AL DIOS NO CONOCIDO*. Otros escritores nos informan que hubo en Atenas altares levantados a "*dioses desconocidos*", y se narran varios episodios relacionados con su erección. Uno de esos relatos cuenta cómo fueron construidos bajo la dirección de Epimenides, un sabio de Creta, varios siglos antes de aquella época, y es significativo que Epimenides es, precisamente, uno de los poetas que Pablo citó en su discurso. Cualquiera haya sido la circunstancia o intención original de esta inscripción particular, lo cierto es que Pablo la empleó como el texto de partida de su disertación. "Vosotros reconocéis que ignoráis la naturaleza de Dios", les dijo "y el culto que le ofrecéis lo denuncia. Puesto que confesáis vuestra ignorancia, yo he venido para mostraros la verdad al respecto". Pablo no dijo exactamente, como dan a entender algunas versiones, que el Dios a quien el altar estaba dedicado es el Dios que él proclamaba. Pablo empleó el género neutro: "Lo que vosotros adoráis como desconocido, eso os anunció yo" (Hechos 17:23).

Pablo procedió, pues, a instruirlos en la **doctrina de Dios**. En primer lugar, Dios es el

creador del universo y todo cuanto contiene. El es el Señor del cielo y de la tierra. Este es, sin duda alguna, el Dios de la revelación bíblica; el lenguaje empleado es distintivamente bíblico. Aquí no aparece ninguna concesión a las ideas del paganismo heleno; no aparece ninguna distinción entre el Ser Supremo y "*un demiurgo*" o maestro operario que construyó el universo material porque el Ser Supremo era demasiado puro para contaminarse con la materia.

En segundo lugar, Dios no habita en templos o altares hechos por manos humanas. Esteban tuvo que subrayar bien esta idea en el Sanedrín cuando se refirió al templo de Jerusalén, levantado para adorar al Dios viviente. Tanto más tuvo que hacerlo el apóstol Pablo ante el Areópago con respecto a los templos gloriosos del Acrópolis ateniense, dedicados a dioses que no eran dioses. Es verdad que el paganismo de mayor jerarquía había comprendido que ninguna estructuración material puede acomodar a la naturaleza divina pero las afinidades del lenguaje de Pablo son bíblicas y no clásicas.

En tercer lugar, Dios no necesita nada de sus criaturas. Aquí nuevamente los paralelos del argumento paulino pueden ser aducidos de la literatura clásica griega; pero lo cierto es que Pablo se conservó bien dentro de la tradición profética hebrea, en ésta como en las otras características de la exposición. Los profetas se vieron en la necesidad de refutar la idea que muchos contemporáneos hebreos abrigaban, que Dios, en cierto sentido, dependía de ellos y de sus ofrendas. La verdad era que ellos dependían completamente de El, y que El era total y cabalmente independiente de ellos.

El Dios de Israel habló como sigue en el Salmo 50:9-12: "No tomaré de tu casa becerros, ni machos cabríos de tus apriscos. Porque mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados. Conozco a todas las aves de los montes, y todo lo que se mueve en los campos me pertenece. Si yo tuviera hambre, no te lo diría a ti; porque mío es el mundo y su plenitud"

Este es el énfasis que Pablo dio en el caso que nos ocupa, cuando declaró que Dios hizo el mundo y todo cuanto hay en él, puesto que El es Señor del cielo y de la tierra, y no recibe ayuda de manos humanas, como si estuviera necesitado de algo. Lejos de suplir los hombres alguna necesidad de Dios, es Dios quien suple todas las necesidades de los hombres; a todos da "vida, aliento y todas las cosas".

El Creador de todas las cosas en general es el Creador de los seres humanos en particular; y esta consideración guió a Pablo a pasar de la doctrina de Dios a la doctrina del hombre.

En primer lugar, el hombre es uno. Los griegos podrían mostrarse orgullosos de su superioridad innata sobre los bárbaros; los atenienses jactarse que ellos no eran como

los demás griegos; que eran autóctonos; que habían surgido de su Ática nativa. Pablo, por el contrario, proclamó que toda la humanidad es una en su origen, toda creada por Dios, y toda derivada de una sola pareja común a todos. Todos somos iguales ante Dios. Apenas parecería necesario subrayar la importancia de esta verdad para el día de hoy: la doctrina bíblica del hombre demuele toda posible justificación de pretendidas superioridades basadas en clases, color de piel o de razas.

En segundo lugar, la morada terrena del hombre y el curso de las estaciones han sido dispuestos divinamente para su beneficio. Esto, también, es una percepción bíblica. Según el primer capítulo del libro de Génesis, la tierra fue formada y adornada para ser la morada del hombre antes que éste fuera colocado en ella como su ocupante. Y como parte de la formación y ornamentación de la tierra como morada del hombre, estuvo la regulación y disposición de los periodos, que hay que identificar, sin duda, con la secuencia providencial de las siembras y cosechas (como aparece en el discurso de Listra), más bien que con la épocas designadas para el surgimiento y la caída de las naciones (como sucede en las visiones de Daniel).

En tercer lugar, el propósito que tuvo Dios al proporcionar todos esos arreglos fue que el hombre pueda buscarlo y encontrarlo. Podemos encontrar la declaración paulina en Romanos 2:4 donde habla de la bondad de Dios que guía al arrepentimiento del ser humano. Aquí no aparece el problema de cómo el hombre llegó a la posición de necesitar buscar y encontrar a Dios, pero la respuesta no debe quedar en la duda si recordamos la base bíblica que tiene el discurso de Pablo y su relato de la primera desobediencia del hombre, tal como la leemos en Romanos 5:12 y sig. Resulta claro a través de todo el discurso pronunciado en el Areópago que la ignorancia acerca de la naturaleza divina admitida por los atenienses y compartida con ellos por los otros, es una ignorancia culpable.

En cuarto lugar, el deseo que Dios tiene de que los hombres le busquen y le encuentren es tanto más natural por cuanto ellos son sus criaturas, y El trata de ayudarlos para que comprendan su deseo de estar cerca de ellos. Es en este particular que el discurso de Pablo muestra mayores afinidades helénicas; pero a otra clase de auditorio el apóstol podría haber expresado los mismos pensamientos en una terminología más bíblica diciendo que el hombre es criatura de Dios, hecha a su imagen. En cambio, establece su argumento a la gente que tenía ante sí citando a dos poetas griegos que presentan la relación del hombre con el Ser Supremo.

La primera cita corresponde a la cuarta línea de un cuarteto atribuido a Epimenides, el cretense, quien se dirige a Zeus, o Júpiter, el padre de los dioses, de esta manera:



Los cretenses, siempre mentirosos, bestias malas,  
Vientres holgazanes,  
Forjaron una tumba para ti, oh santo y elevado  
Pero tú no estás muerto. Tú vives y permaneces para siempre,  
Porque en ti vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser.

La segunda cita proviene de un poema sobre **Los Fenómenos Naturales** de Arato, natural de Cilicia, poema que comienza con un párrafo sobre Zeus --Zeus el Ser Supremo de la filosofía griega, más bien que Zeus, el amoral, cabeza del panteón mitológico griego:

Comencemos con Zeus. Nunca dejemos de mencionarlo,  
¡Oh mortales! Todos los caminos y todos los lugares donde  
los hombres se reúnen, están llenos de Zeus; la mar y los  
Puertos están llenos de él. En todos nuestros asuntos  
**tenemos que vernos con Zeus, porque somos también su linaje.**

Preguntamos: cuando el apóstol Pablo presentó estas citas, ¿tuvo la intención de identificar al Zeus de la filosofía griega con el Dios viviente de la Biblia? ¿O es que simplemente extrajo palabras de su contexto original, que pudieron ser aplicadas fácilmente al contexto bíblico principal, a pesar de que las posibles protestas de que los poetas citados habían significado con tales palabras algo muy distinto a lo que Pablo les hizo decir? En realidad, resulta bien de acuerdo con el punto de vista del orador del Areópago, admitir que aquellos poetas que él mencionó, expresaron pensamientos que expresaron una comprensión real, aunque limitada del verdadero Dios, a pesar de los contextos paganos en que están concebidos. Un predicador cristiano puede hoy citar las bien conocidas líneas de *La Muerte de Arturo*, de Alfredo Tennyson, sobre la oración, sin que suscriba ni los ideales de la leyenda arturiana ni la posición religiosa de Tennyson, cuando dice:

Más cosas se consiguen por medio de la oración  
De lo que el mundo se imagina.  
Por tanto, permite que mi Voz se eleve cual fuente, noche y día.  
Porque, ¿de qué sirven más los hombres que las ovejas o las  
cabras que nutren su vida ciegamente dentro del cerebro,  
Si, conociendo a Dios no levantan las manos para orar,  
Tanto por ellos mismos como por aquellos a quienes llaman  
Amigos? Pues de esa manera toda la redondez de la tierra  
Está ligada con cadenas de oro alrededor de los pies de Dios.

El hombre es, entonces, progenie de Dios; en el orden de la creación el ser humano vive la vida "en Dios". El argumento que afirma que este discurso no puede haber sido pronunciado por el apóstol Pablo porque enseña un "misticismo de Dios", mientras que las epístolas enseñan un "misticismo de Cristo", fracasa porque no sabe distinguir entre cosas que difieren. El término "misticismo" está mal aplicado en los dos casos, y especialmente con respecto a la enseñanza de la *Areopagítica*. Pero, aparte de ello, hubiera resultado inútil hablar a un auditorio pagano sobre el significado de "*estar en Cristo*". En Atenas, Pablo trató la relación de los hombres con Dios en cuanto a la antigua creación, no en el sentido de la relación redentora que gozan los hombres de la nueva creación que están "*en Cristo*" como "hijos de Dios por medio de la fe" (Gálatas 3:26). El apóstol tuvo interés de enseñar a sus oidores la responsabilidad que tienen todos los seres humanos, como criaturas de Dios en quienes El ha soplado el hálito de vida (Génesis 2:7), de darle la honra que El merece. Cuando el hombre representa a la naturaleza divina bajo formas materiales, no honra a Dios. Además, el discurso paulino deja oír el eco de la polémica bíblica contra la adoración de ídolos e imágenes, cuando dice: "no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres" (Hechos 17:29).

En quinto lugar, Pablo hace un llamado al arrepentimiento. Los atenienses tenían plena razón al alegar ignorancia de la naturaleza divina. Con todo, esa ignorancia no era del todo disculpable, y Pablo dejó entrever en aquella ocasión lo que subrayó después en Romanos 1:19 y sig., vale decir, que si los hombres hubiesen prestado atención a las obras de Dios, podrían haber encontrado testimonios suficientes de su eterno poder y divinidad. Pero, culpable como era esa ignorancia, Dios, en su gran misericordia, la había pasado por alto. Aquí existe un paralelo que no sólo se asemeja al discurso pronunciado en Listra, en el sentido que Dios hasta entonces "ha dejado a las gentes andar en sus propios caminos" (Hechos 14:16), sino también a la predicación de Pablo en Romanos 3:25 en cuanto a la paciencia de Dios al haber pasado por alto los pecados pasados. Todos estos pasajes implican que la venida de Cristo marcó una nueva etapa. El punto principal que se destaca aquí es que Dios pasó por alto la ignorancia de los hombres en cuanto a El mismo en vista de la revelación final que ahora ha proporcionado por medio de Cristo. El hecho de haber pasado por alto la ignorancia de los hombres en el pasado fue una prueba de su paciencia, no de su indiferencia. Pero ahora que el conocimiento de Dios está al alcance de los hombres, todos los hombres deben abandonar y olvidar su ignorancia, y la desobediencia que la acompaña, y volverse al Dios verdadero que se ha acercado a ellos por medio de Cristo.

Porque Dios, el Creador de todas las cosas es, también, el Juez de todos los hombres. El, por su propia autoridad, ha designado un día "en el cual juzgará al mundo con justicia"

(Hechos 17:31), una expresión perfectamente bíblica. Las teorías cíclicas griegas de la historia no dieron lugar a una escatología verdadera. Los escritores griegos podían describir a hombres que en vida fueron eminentes por su justicia -Minos, Aeaco y Radamanto-, que siguieron juzgando en el dominio de los muertos; pero ese cuadro es esencialmente distinto al de la proclamación de Pablo de que el justo juicio del mundo del cual hablaron los salmistas (véase Salmos 9:8; 96:13; 98:9) será ejecutado por Dios por medio de Jesucristo, en una época fijada en el futuro. Cuán completamente paulino es este concepto, se puede colegir de varios lugares de sus epístolas, como por ejemplo en Romanos 2:16, donde habla "del día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio".

El "hombre a quien ha designado" para consumir su propósito eterno es, sin duda, el "uno como un hijo de hombre" de Daniel 7:13, quien recibe esta autoridad del Anciano de días. Es bien posible que el evangelista reproduzca este modismo semita cuando dice que el Padre ha dado al Hijo "autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre" (Juan 5:27). Pero esta frase idiomática no habría tenido sentido ni significado para los miembros del Areópago; por eso Pablo expresó el mismo sentido en griego común.

Además, dice Pablo, Dios ha dado una prenda a la humanidad en el sentido de que Jesús es Quien El ha ordenado para que juzgue al mundo en justicia, levantándolo de entre los muertos. Aquí encontramos una anticipación del tema del Nuevo Testamento que ha sido popularizado recientemente por los escritos del Dr. Oscar Cullman, de que el *Día V* se halla garantizado por el *Día D*, o sea que la consumación final de la Victoria está garantizada por la lucha y el triunfo de la batalla Decisiva de la campaña, sin que importe el espacio de tiempo que medie entre la batalla y el fin de la campaña.

La arenga pronunciada por Pablo en Atenas suministró una lección admirable de introducción al cristianismo para aquellos paganos cultos. Condujo a los oyentes desde su confesada ignorancia de la naturaleza divina al punto en que presentó al Hombre que Dios ha designado. La segunda lección podría muy bien haber comenzado desde donde terminó la primera, explicando quién es este Hombre y por qué fue levantado de entre los muertos. En cuanto al resto, esta lección es una exposición del conocimiento verdadero de Dios, presentada, no como una disciplina meramente intelectual, sino como algo que entraña responsabilidades morales y religiosas. El conocimiento de Dios, tal cual Pablo lo presentó, es el conocimiento de Dios del cual habla el Antiguo Testamento: está arraigado en el temor a Dios; pertenece al mismo orden espiritual que la verdad, la bondad y el pacto de amor; por falta de él los hombres y las mujeres perecen; cubrirá la tierra cuando se haga perfectamente la voluntad de Dios, y su pacto eterno quede establecido finalmente. Las "*delicadas y apropiadas alusiones*" a las posiciones estoicas y epicúreas que han sido reconocidas en el discurso, al igual que las

citas de los poetas paganos, tienen su lugar como para establecer puntos de contacto con el auditorio, pero no comprometen el consentimiento del apologista dentro del reino de las ideas al que pertenecen originariamente. Muy a desemejanza de otros apologistas que le han seguido más tarde, Pablo no dejó de ser fundamentalmente bíblico en esta ocasión en que habló a los griegos, aunque su énfasis bíblico parezca que haya conspirado contra sus oportunidades de éxito.

Es indudable que la observación sobre la resurrección de los muertos con que terminó el discurso de Pablo, era totalmente ajena a la mente de sus oyentes. Si la hubiera reemplazado por la doctrina griega de la inmortalidad del alma, todos menos los epicúreos que le escucharon, habrían concordado con él. Pero la actitud griega frente a la resurrección quedó bien expresada por las palabras que Esquilo atribuyó a Apolo en la misma ocasión en que quedó fundada la corte del areópago: *"Una vez que el hombre muere y la tierra bebe su sangre, ya no hay resurrección"* (la palabra es **anastasis**, la misma que Pablo emplea con tanta frecuencia). De modo que, cuando Pablo habló de la resurrección, la mayoría de los oyentes no le prestó atención; sólo unos pocos aceptaron el mensaje con seriedad. El apologista cristiano verdadero no atempera o diluye el evangelio para hacerlo más aceptable a quienes trata de persuadir de la verdad del cristianismo.

El apologista del siglo veintiuno que quiera hacer frente al paganismo, especialmente en el mundo occidental, encontrará que existe la necesidad de dejar en descubierto las ideas erróneas tal como son. Tiene que remover y quitar los obstáculos que están en el camino de la gente para que pueda aceptar la verdad, como por ejemplo las falsas ideas acerca de Dios. No debe tratar de acomodar el evangelio a esas ideas, sino que debe esforzarse por presentarlo en un lenguaje que sea comprensible a sus oyentes o lectores. Sin embargo, estará alerta para aprovechar cada oportunidad que se le presente de establecer contactos. Cualquier cosa que resulte familiar y encuentre un eco en la mente de la gente, puede servir para este fin, porque la mente del público está lleno de preguntas y aspiraciones, a las cuales el evangelio proporciona la respuesta y el cumplimiento.

El apologista de nuestra época debe enfrentar a los hombres con la verdad acerca de Dios -como Creador, Providencia, Señor de la historia, Juez de todos los hombres, y con la necesidad que los hombres tienen de arrepentirse. Así lo hicieron los apologistas del primer siglo. Tiene que enfrentarlos con la verdad acerca del hombre y de su bancarrota moral en la presencia de Dios. Y, sobre todas las cosas, tiene que enfrentarlos con Jesucristo y el poder de su resurrección, su autoridad para ejecutar juicio, y su amor redentor mediante el cual libra a los hombres y mujeres de su alejamiento y rebelión, y los crea de nuevo en el conocimiento de su Creador.

El Evangelio Enfrenta al Imperio Romano

I. El tributo al César

Cuando el evangelista Lucas introduce el relato del nacimiento de Jesús, dice: "Aconteció en aquellos días, que se promulgó un decreto de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado" (Lucas 2:1). Si tuvo el propósito de fijar la fecha del nacimiento de nuestro Señor mediante una referencia a un incidente contemporáneo en la historia imperial, no tuvo éxito completo, porque no existe acuerdo sobre la fecha de este empadronamiento particular al cual Lucas se refiere.

Pero es probable que el propósito de Lucas sea mucho más amplio que el de fijar una fecha. Deliberadamente sitúa a dos gobernantes uno frente al otro. Augusto César había establecido su dominio sobre el mundo romano, y es en virtud de esa supremacía que decretó un censo mundial. En ciertas partes de su imperio existía la costumbre de que para tales ocasiones el hombre tenía que ir con su familia a su hogar paterno para enrolarse allí. Tenemos evidencias en Egipto de esta costumbre. Según Lucas, también se observaba en Judea. Porque en respuesta a la voluntad imperial, "José también subió de Galilea, de la ciudad de Nazareth, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa de David, para ser empadronado con María su Mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. Y aconteció que estando allí, se cumplieron los días de su alumbramiento" (Lucas 2:4-6). Y así fue que Jesús nació en Belén de Judea.

Naturalmente, el lector cristiano de nuestros días lee el relato de Lucas y tiene en mente el paralelo de Mateo, y sabe que existe otra razón por qué Jesús nació en Belén de Judea; recuerda cómo los expertos religiosos de Jerusalén dijeron a Herodes el Grande que el Mesías nacería en Belén, puesto que así estaba predicho divinamente por medio del profeta Miqueas (5:2). Pero Augusto César no tuvo la menor idea de que su decreto no era nada más que un instrumento para que se cumpliera un decreto mucho más augusto que cualesquiera de los que él pudiera ordenar.

¿Qué pudo Augusto César saber o importársele sobre los inconvenientes que su edicto podía tener para dos o tres de los humildes súbditos en una provincia fronteriza de su imperio? Nunca supo del Niño que nació en Belén durante el empadronamiento. Ese Niño pasó la mayor parte de su tiempo en el anonimato, y no fue hasta después de su muerte que su existencia llegó a oídos de algún emperador romano, ni siquiera del modo más casual. Sin embargo ese Niño constituiría un desafío a sucesivos emperadores por cerca de trescientos años, hasta que finalmente un emperador hizo lo que los demás se

negaron a hacer, y se inclinó y reconoció el poder superior del primogénito de María.

Lucas escribió, por supuesto, muchos siglos antes de la época de Constantino; pero aún para el tiempo en que escribió, es decir, una o dos generaciones después del nacimiento en Belén, el desafío de Cristo había exigido la atención de los Césares. Y Lucas tiene este detalle en mente cuando relata la conexión que existe entre el edicto de Augusto y la encarnación del Hijo del Altísimo.

Todo el problema que provocó la política del edicto del emperador fue discutido acaloradamente en Israel durante los primeros años del ministerio público de Cristo. ¿Era propio que los israelitas reconocieran la soberanía de un gobernante pagano, pagándole el tributo que imponía como secuela del empadronamiento? Hubo israelitas que sostuvieron que ese pago era indebido; que Dios es sólo Dios de Israel, y que pagar tributo a un monarca pagano que no reconoce al Dios verdadero, es un acto de traición, no sólo contra la nación sino también contra el cielo. Entre los que así protestaron estaban los Celotes, llamados así por el celo que mostraban por la causa de Dios, como Finees, el sacerdote de los tiempos primitivos de la historia de la Nación (Números 25:13). Esos Celotes mantuvieron los ideales de Judas, el Galileo, que "apareció en los días del censo" en el año 6 d.C., cuando Judea se vio reducida a la condición de provincia romana y se le requirió el tributo directo a Roma (Hechos 5:37). Y fueron ellos quienes asumieron un papel prominente en la revuelta contra Roma que se produjo en el año 66 d.C., y que resultó en la destrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén cuatro años más tarde.

De modo que no fue una mera cuestión académica la que un grupo de Fariseos y Herodianos plantearon a Jesús en el patio del templo de Jerusalén: "Es lícito pagar impuestos a César, o no? ¿Los pagaremos o no los pagaremos? (Marcos 12:14 y sig.). Si Jesús decía que "No", podía ser denunciado inmediatamente a las autoridades romanas como sedicioso, y si decía "Sí", perdería la buena voluntad del pueblo, porque (a semejanza de los políticos extremistas de muchos otros lugares y épocas) los Celotes eran considerados por muchos de los que estaban en los altos rangos de la sociedad, como los verdaderos patriotas. ¿Qué respondió Jesús? "El dinero es de César, de cualquier manera; lleva su nombre y su estampa. Dejad que reciba lo que tan evidentemente le pertenece. Pero no os olvidéis de rendir a Dios, vuestro Rey celestial, lo que le pertenece a El".

Este incidente se entiende bastante bien contra el trasfondo de la agitación celotista. Pero es bueno preguntar, como con tantas cosas narradas en los Evangelios, qué lugar ocupó este incidente en el escenario de la vida de la iglesia primitiva, y no sólo en el escenario de la vida de Jesús, es decir, qué fue lo que contribuyó a que se narrara y que se

recordara. Y es más que probable que este incidente desempeñó un rol importante en la apologética del cristianismo primitivo, porque subrayó la pretensión de los cristianos de que no había nada de desleal en su fe y en su adoración; que ellos eran súbditos leales al emperador, que reconocían sus derechos indubitables.

Pablo se hace eco en Romanos 13:1-7 del espíritu de Jesús con referencia al dinero del tributo, cuando prescribe la sujeción a las autoridades seculares que sirven a Dios protegiendo a quienes cumplen la leyes, y castigando a quienes las quebrantan. "Porque por esta razón", agrega (es decir, por causa de la conciencia cristiana), "vosotros pagáis también los impuestos, porque las autoridades son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a todos los que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que honra, honra" (versículos 6 y 7). Es, tal vez, significativo que haya escrito tan explícitamente sobre este particular a los cristianos de Roma, en momentos cuando proyectaba visitar la ciudad imperial.

Pedro escribe de un modo muy parecido: "Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como superior, ya sea a los gobernadores, como enviados por él para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien...Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al emperador" (1<sup>ra</sup> Pedro 2:13 y sig. y 17). Escribiendo desde Roma allá por el año 63 d. C., Pedro señala a sus lectores del Asia Menor el deber que tienen ante las autoridades imperiales, y nadie, en cuyas manos cayera esta carta, habría encontrado absolutamente nada que hubiese hecho creer que el cristianismo era un movimiento sedicioso.

## II. El Cristianismo y la Ley Romana

Tenemos que recordar que el cristianismo comenzó con una seria desventaja frente a la ley romana. Cuando el Evangelio enfrentó al judaísmo y al paganismo, la crucifixión de Jesús constituyó una piedra de tropiezo religiosa e intelectual; en lo que atañía a las relaciones cristianas con el poder imperial, esto constituyó un tremendo tropiezo político y jurídico. No se podía negar que los cristianos eran los seguidores de un hombre que fue crucificado debido a la sentencia pronunciada por un juez romano, bajo el cargo de sedición. De modo que el cristianismo era un movimiento marcado a fuego como fundado por un criminal convicto y ejecutado, un movimiento comparable a los que dirigieron Judas, el Galileo, y Teudas, el obrador de milagros. Cuando el historiador Tácito tuvo la primera ocasión de referirse a los cristianos, en relación con las consecuencias del gran incendio de Roma en el año 64 d. C., explica su referencia diciendo que "*ellos tomaron su nombre de Cristo, que fue ejecutado por el procurador Poncio Pilatos cuando Tiberio era emperador*" (Anales, XV. 44). El origen del nombre cristiano bastaba para indicar la clase de gente que era.

Además, y como para confirmar esta impresión, el cristianismo se vio acompañado constantemente por desórdenes a medida que se abría paso en las provincias del imperio. La persona que lea en el Nuevo Testamento el libro de Los Hechos constatará que este fue el caso en las actividades apostólicas de Pablo. Tácito revela, también, cómo algunos paganos consideraron el progreso del cristianismo, porque después de referirse a la ejecución de Cristo, sigue diciendo que por esa crucifixión *"la superstición perniciosa quedó suprimida por un poco de tiempo, para seguir más tarde de nuevo, no sólo en Judea donde la plaga había aparecido primero, sino también en la misma Roma, donde todas las cosas horribles y vergonzosas del mundo se juntan y encuentran un hogar"*.

Pablo podía ser acusado de los desórdenes que acompañaban la marcha del Evangelio en Asia Menor, Macedonia y Grecia; pero no podía acusársele de las asonadas que estallaron en Roma en el año 49 d. C., cuando Claudio era emperador. Suetonio, el historiador y retórico latino, dice que esos desórdenes fueron instigados por "Crestus" (*Vida de Claudio*, 25); pero esta es sólo una indicación confusa del hecho de que resultaron de la introducción del cristianismo en la comunidad judía de Roma. Lucas menciona en Hechos 18:2 la secuela de tales disturbios, porque dice que Aquila y Priscila fueron a vivir a Corinto en aquella época, "por cuanto Claudio había ordenado que todos los judíos saliesen de Roma". Y existen indicios para saber que en tiempos de Claudio hubo también desórdenes similares en la comunidad judía de Alejandría, en Egipto.

¿Qué respuesta podría darse a la acusación de que evidentemente el cristianismo está viciado de ilegalidad desde sus comienzos, y que provocó desasosiego y perturbación dondequiera que apareció?

En primer lugar, se señalaba que la condena de Jesús fue un extravío de la justicia. Es verdad que el gobernador Poncio Pilato lo sentenció a muerte, pero pronunció ese fallo de mala gana y, hasta diríamos, contra su conciencia. Es Lucas, particularmente, quien relata que Jesús era inocente cuando sus acusadores lo culparon de pervertir a la nación, "y prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey" (Lucas 23:2 y sig.). Y aún después, cuando aquellos cargos fueron ampliados, Pilato persistió en su veredicto de *"No es culpable"*, y Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, estuvo de acuerdo con esta opinión sobre la situación. Lucas dice que fue la insistencia y presión de los príncipes de los sacerdotes judíos, y el clamor del populacho de la ciudad incitado por ellos, que forzó, por fin, a Pilato a cambiar de actitud y dictar la sentencia de muerte. Y no sólo esto: uno de los bandidos que estaba crucificado con Jesús dijo a su compañero de fechorías que Jesús no había cometido ninguna clase de mal, es decir, que Jesús no pertenecía, como ellos, a una organización rebelde que operaba contra el poder ocupante del país. Y el centurión, a cuyo mando estaba el piquete de soldados romanos encargado



de llevar a cabo la crucifixión, cuando Jesús hubo dado el último suspiro, declaró que en verdad ese Hombre era inocente.

Todos estos detalles contribuyen a formular una apología convincente contra la impresión **prima facie** que el ciudadano común de Imperio Romano recibía cuando le decían que el fundador del cristianismo había sido sentenciado a muerte por un gobernador romano. Pero esto es sólo una parte de la defensa del cristianismo que Lucas dirigió a los representantes de la ley y del orden imperial. Las dos partes de la historia de los orígenes del cristianismo escritas por este autor sagrado, revelan un énfasis fuertemente apologético; si en la primera parte refuta el cargo de que Jesús fue personalmente un rebelde contra Roma, en la segunda defiende el movimiento cristiano en general contra la acusación de provocar desórdenes dondequiera aparecía.

### III. Los Escritos de Lucas

El propósito declarado que tuvo Lucas al escribir su doble historia, preservada en el Nuevo Testamento en el tercer evangelio y en el libro de Los Hechos, fue proveer a un tal Teófilo un relato más fidedigno de los comienzos del cristianismo, que cuantos hasta entonces él mismo había recibido. La primera parte de su obra es, en gran medida, un registro del testimonio apostólico del ministerio de Jesús en palabras y hechos, muerte y resurrección. La segunda parte inicia el relato con la resurrección de Jesús y lo lleva a través de unos treinta años; registra el progreso del evangelio desde Jerusalén hasta Roma, y concluye presentando al heraldo principal del evangelio proclamándolo en el corazón mismo del imperio, con el consentimiento completo de las autoridades imperiales.

Como en el evangelio Lucas expone la ilegalidad de la condena de Jesús, en los Hechos presenta a una variedad impresionante de gente situada en posiciones oficiales, tanto gentiles como judíos, que demuestran buena voluntad hacia Pablo y los otros misioneros cristianos o que, por lo menos, admiten que son infundadas las acusaciones que sus enemigos levantan contra ellos. En Chipre el procónsul Sergio Paulo presenta una acogida favorable a los apóstoles y a su mensaje (Hechos 13:7,12). En Filipos, colonia romana, el principal de los magistrados pide disculpas a Pablo y a Silas por haberlos sometido a una azotaina bárbara y a una encarcelación ilegal (Hechos 16:37 y sig.). En Corinto, durante los años 51 y 52, Galión, el procurador de Acaya, resuelve que las acusaciones de propaganda religiosa ilícita, presentada contra Pablo y sus acompañantes por la comunidad judía local, se deben a interpretaciones internas de la ley judía, y los declara inocentes de culpa contra la ley romana (Hechos 18:12 y sig.). En Efeso, los asiarcas, que eran funcionarios civiles y religiosos de alto rango en las provincias romanas de Asia, y presidían los juegos públicos y ritos religiosos, se mostraron amables

con Pablo; y el oficial ejecutivo de la administración pública municipal lo absolvió del cargo de sacrilegio y de blasfemia contra el culto establecido en la ciudad (Hechos 19:31,35 y sig.). En Judea, el procurador Félix, y Festo, su sucesor, declararon la inocencia de Pablo ante los graves cargos de que lo acusaba el Sanedrín; su rey cliente judío, Agripa II, y su hermana Berenice, concuerdan en que Pablo no ha hecho nada que merezca la muerte, ni aún la cárcel (Hechos 24:1 al 26:32). Y cuando el gran apóstol de los gentiles ejerce su derecho de apelación como ciudadano romano que era, y su caso pasa de una corte provincial al tribunal del emperador de Roma, continúa con sus actividades misioneras en la ciudad imperial por dos años consecutivos, sin que nadie trate de molestarlo (Hechos 28:30 y sig.). Si el cristianismo hubiese sido realmente un movimiento ilegal, como se creyó generalmente, no se hubiera permitido que Pablo lo propagara entre los componentes de la guardia imperial que tenían la responsabilidad de su custodia en Roma.

¿Qué decir, entonces, de las luchas y desórdenes que con tanta regularidad acompañaban a la expansión del cristianismo? Lucas contesta esta pregunta fijando la responsabilidad de esas perturbaciones y revueltas sobre las autoridades judías. Así como fue el Sanedrín de Jerusalén el que enjuicio a Jesús ante Pilato, fue el mismo cuerpo el que enjuició a Pablo ante Félix y Festo, pero con menos éxito. Y la mayoría de las perturbaciones que estallaron cuando el evangelio fue llevado de ciudad en ciudad a través de las provincias romanas, fueron fomentadas por las comunidades judías locales, que rechazaron aceptar ellas mismas el evangelio y se enfurecían cuando los gentiles, sus vecinos, lo aceptaban.

¿Dónde podremos encontrar un cuadro real de la vida que haga sonar del mismo modo la nota apologética? A nuestro juicio, no existe ninguno tan apropiado como la situación imperante en Roma durante los años sesenta y siguientes. Alrededor de los años 60 d. C., se produjo la llegada de Pablo a Roma, donde continuó predicando por dos años más, puesto que su proceso legal comprendió la apelación al César, todo lo cual debe haber llamado la atención de varios componentes de la clase oficial de la ciudad hacia el cristianismo. Si es que sabían previamente algo de él, deben haberlo considerado como uno de esos tantos cultos orientales denigrantes, que causaban repulsión y que contagiaban a la gente baja de Roma; como si las cloacas del Orontes sirio arrojaran sus residuos en el Tiber. Pero este Pablo, era ciudadano romano y tuvieron que examinar su caso sin pasiones y con imparcialidad.

El título de "excelentísimo" que Lucas asigna a Teófilo (Lucas 1:3), indica, probablemente, que pertenecía a la Orden Ecuestre, que era la segunda de la sociedad romana en jerarquía. Teófilo era el representante de la clase media inteligente de Roma, y Lucas aprovechó de suministrarle, a él y a la gente como él, un relato más exacto y

ordenado de surgimiento y expansión del cristianismo que el que ellos mismos podían encontrar en otras fuentes, y aprovechó, además, la ocasión para vindicar la inocencia de Pablo y de los otros cristianos en relación a la ley romana. No sabemos cómo se le ocurrió a Lucas dedicar su doble relato a este hombre en particular. Es posible que Teófilo haya participado en la preparación de las audiencias para el caso de Pablo, y que el emperador, o sus delegados, lo hubieran nombrado para tal efecto. No nos atrevemos a ir tan lejos como algunos que suponen que Teófilo fue el defensor nombrado para el caso de Pablo, y que Lucas escribió la doble historia para suministrarle la información que requería la conducción de la defensa. En la historia de Lucas aparece mucho material completamente inútil para cualquier propósito forense. Sin embargo, hay que reconocer que Lucas originó ese tipo de apologética dirigido a las autoridades seculares, con el fin de establecer que el cristianismo tiene incrustado en su propio ser la observancia de la ley civil.

#### IV. La Apelación al César

La apelación al César de Roma, a la cual ya nos hemos referido, merece ser considerada un tanto más. Todo ciudadano romano tenía el derecho de apelar al emperador contra la decisión de un tribunal inferior; o la apelación podía ser hecha (como en el caso de Pablo) en una etapa anterior a los procedimientos, si el acusado creía que no hallaría justicia en la corte del magistrado inferior. Bajo el Imperio la apelación a César representó la conjunción de dos derechos distintos que existieron en el tiempo de la república romana: el derecho de todo ciudadano de apelar al pueblo soberano, y el derecho del ciudadano plebeyo a apelar a uno de los tribunos contra la decisión de cualquier otro magistrado. ¿Por qué ejerció Pablo ese derecho?

En primer lugar, sin duda, en la esperanza de conseguir en Roma la justicia que temía no poder conseguir en Judea. Festo, el nuevo procurador, debido a su falta de experiencia, podría verse influido por el Sanedrín de Jerusalén, en detrimento de Pablo. Ya en ocasiones anteriores Pablo se había beneficiado por la decisión imparcial de funcionarios romanos, cuyo juicio no se había visto afectado por tales influencias; y en particular estaba agradecido por la actitud de Galión, en Corinto. Cuando las autoridades judías de Corinto acusaron a Pablo de propagar una religión que la ley romana no aprobaba, Galión decidió que la religión que Pablo predicaba era un forma de judaísmo y, por consiguiente, sujeta al reconocimiento y la protección que la ley romana otorgaba al judaísmo. Galión ha sido objeto de muchas filípicas desde los púlpitos debido a la afirmación que aparece en nuestras versiones bíblicas de pasaje de Hechos 18:17 que dice que a él "nada se le daba de ello", es decir, de lo que acontecía a su alrededor. Lo cierto es que Lucas alaba realmente la imparcialidad de Galión, y no lo acusa de indiferencia por los asuntos espirituales. La posición de Galión y sus relaciones familiares contribuyeron a que su

decisión fuera juzgada como precedente por otros magistrados romanos. Es probable que aquella resolución favorable haya alentado a Pablo a apelar al César, en la esperanza de asegurar una decisión igualmente favorable, y aún más autoritativa, proveniente del supremo tribunal del imperio.

En segundo lugar, es posible que Pablo haya esperado conseguir del emperador el reconocimiento del cristianismo como un culto permitido --*una religio licita*--, con su propio derecho, o como el verdadero y debido cumplimiento de la esperanza histórica de Israel. Está fuera de toda duda que en éste o cualquier otro paso que Pablo hubiera querido dar, no era hombre de ser influenciado por consideraciones de seguridad personal. Para él los intereses del evangelio ocupaban el lugar primordial y supremo, y esperó, sin duda, que esos intereses serían promovidos como resultado de su apelación. Sabía que en el día de su conversión el Señor le había dicho a Ananías de Damasco, que él, Saulo de Tarso, sería un instrumento escogido que llevaría el nombre de Cristo ante gentiles, reyes y a los hijos de Israel (Hechos 9:15). Su apelación al César podría darle la oportunidad de dar testimonio de Cristo ante el gobernador del Imperio Romano. ¿Qué si el César se convertía a Cristo?

Y en tercer lugar, la apelación a César podría apresurar el cumplimiento de la condición establecida por el Señor para la parousia: "el evangelio tiene que ser predicado a todas las naciones" (Marcos 13:10). Roma era el centro del mundo de aquel entonces; todos los caminos llevaban a Roma, y el evangelio podía irradiarse desde Roma en todas las direcciones, apresurándose el día en que todos los gentiles lo aceptarían y todo Israel pudiera salvarse.

Algunos de estos objetivos se realizaron. Pablo fue llevado ante el emperador, y es posible que obtuviese un veredicto favorable. Los dos años que pasó en Roma reforzaron el establecimiento del evangelio y, por consiguiente, en el imperio. Pero la relación del cristianismo en relación con la ley romana, lejos de mejorar con la aparición de Pablo ante César, se deterioró con rapidez en los años que siguieron inmediatamente. La situación con la cual Pablo contó, en cuanto a la protección de la ley romana en lo que tocaba a su ministerio apostólico, fue, inevitablemente, temporaria, y llegó a su fin en los primeros años de esa década de los sesenta. La decisión de Galión, tomada en el año 51, puede haber sido tomada como precedente por otros magistrados en los diez años siguientes, pero fue revertida, de un modo decisivo, por la acción imperial tomada contra el cristianismo, cuando en el año 64 Nerón encontró conveniente tomar a los cristianos de Roma como chivos emisarios o víctimas propiciatorias para acusarlos del incendio de la ciudad.

## V. La Prueba de Fuego

Una razón que explica el cambio de situación producido entre los años cincuenta y sesenta fue que al cristianismo se le hacía más y más dificultoso participar del reconocimiento que el judaísmo gozaba ante la ley romana. Resultó inevitable y deseable que el cristianismo dejase de ser considerado como otra variedad del judaísmo y, en realidad de verdad, la evangelización de Pablo entre los gentiles hizo más y más evidente que el cristianismo no era un movimiento distintivamente judío. Los judíos mismos se encargaron de advertir que ellos no reconocían al cristianismo como una forma de judaísmo, y resultó que entre los años 62 al 65 los judíos contaron con una amiga poderosa en la corte imperial: Popea Sabina, la segunda esposa de Nerón.

La segunda razón del cambio operado fue la tendencia general a considerar al cristianismo como antisocial. La no participación de los cristianos en actos y actividades que involucraban idolatría y cosas semejantes, fue mal interpretada y se dijo que se debía "al odio que sentían hacia la raza humana". El efecto desgarrador que el cristianismo ejerció en las relaciones humanas, cuando algunos miembros de la familia eran creyentes y otros no, acrecentó la aversión que muchas personas sentían hacia él. Tácito llama a los cristianos "una clase de gente aborrecida por sus vicios", y dice que cuando Nerón trató de colocarles el sambenito de incendio premeditado, un gran número quedó convicto, no tanto de esta inculpación --sino de ser enemigos de la humanidad. Tácito deja establecido claramente que, en su opinión, y sin duda en la de muchos más, aun cuando los cristianos no hubieran prendido fuego a Roma, merecían el castigo más ejemplar debido a sus características generales.

Ya no bastó que se dijera a los cristianos que si hacían el bien obtendrían la aprobación de las autoridades seculares, como era el caso cuando Pablo escribió su epístola a los Romanos en el año 57. En la primera epístola que Pedro escribió seis años más tarde, ya se pudo observar el cambio que se había operado. Pedro ordena a sus lectores que presten la debida obediencia a las autoridades y les pregunta: ¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien?" (I Pedro 3:13). Pero al mismo tiempo les menciona la posibilidad que tengan que sufrir por causa de la justicia, y les advierte sobre la "prueba de fuego" que sobrevendría para ponerlos a prueba --prueba que puede ocurrir a cualquiera de ellos, llamado a "sufrir como cristiano" (3:14 y sig., y 4:12 y sig.).

En esta nueva situación, en la que los cristianos estaban expuestos a sufrir penas impuestas por la ley romana solamente porque eran cristianos, los apologistas cristianos continuaron alegando que eran inocentes de todo crimen; pero esas protestas no fueron escuchadas. En los siglos segundo y tercero, a quienes voceaban tales protestas se les invitaba a demostrar fácilmente su lealtad al imperio, adorando los dioses del estado y,

en particular, quemando incienso ante la imagen del emperador, o jurando por su divinidad. Cometer tales actos era totalmente imposible, por supuesto, para cualquier cristiano consciente.

Pero ya en el primer siglo existió la tendencia a tratar al emperador como un ser divino, para los actos oficiales; estaba ligada con una ideología imperial que constituyó una tercera razón, y muy poderosa, la de hostilidad al cristianismo, y que se plasmó a través de todo el mundo romano en la segunda mitad de ese mismo siglo.

En esa ideología, el César era mucho más que un ministro de Dios que ejecuta su ira sobre el malvado, y posibilita que quien guarda la ley viva tranquilamente sin ninguna clase de molestia. El César era la personificación y la deificación de la sociedad, y reclamó la obediencia total de sus súbditos. En realidad de verdad, tenemos, de hecho, el espectáculo de dos totalitarismos espirituales que se enfrentaron entre sí. La ideología imperial era inclusiva y tolerante; siempre que recibiera cierto reconocimiento, permitía que sus adeptos hiciesen lo que querían en lo que tocaban a los cultos de las demás religiones. Pero el cristianismo se mostró exclusivista sobre este particular. Los cristianos adoraban a Dios por medio de Cristo, y no podían rendir homenaje, o aparentar que lo hacían, a ninguna otra divinidad o a algo que se le pareciera. Su lealtad completa a Jesucristo les imponía la obligación de ser súbditos del emperador, y orar por su bienestar, pero les prohibía orar a él. (Los judíos, de acuerdo con el primer mandamiento, estaban excluidos igualmente por su religión del culto del emperador; pero desde largo tiempo atrás habían gozado los beneficios de concesiones específicas al respecto, a través de varios emperadores).

Hasta dónde estas dos ideologías se opusieron totalmente, puede colegirse de la gran obra del profesor Ethelber Stauffer, titulada *Cristo y los Césares*. Este erudito presta atención especial a la existencia de la moneda imperial (que se usó continuamente como medio de propaganda). La acuñación imperial representaba motivos característicos de Advenimiento y la Epifanía, celebrando las bendiciones que la aparición de cada emperador sucesivo había traído a un mundo necesitado. Entre las fórmulas adulatorias con las cuales el emperador era aclamado, y yendo probablemente hasta el primer siglo, el Profesor Stauffer menciona las siguientes: "*Salve, Victoria, Señor de la tierra, Invencible, Poder, GLoria, Honor, Paz, Seguridad, Santo, Bendito, Grande, Sin igua, Tú solamente, Digno eres tú, Digno es él de heredar el reino, Ven, ve, no tardes, Ven nuevamente*" (p. 155). En realidad, no hay más que leer el Salmo 72 "*en latín, en el lenguaje oficial del imperio, para constatar que en gran parte es el mismo lenguaje formal que se empleaba igualmente en el Foro para el advenimiento del emperador y en las catacumbas para la celebración de la Epifanía de Cristo*" (p. 251). Aquí no pudo haber ninguna clase de compromiso. ¿Quién era digno de ascender al trono del universo y dirigir el curso de la historia? ¿César, o

## Jesús?

El emperador Domiciano (81 al 96) reclamó honores divinos más explícitamente que ninguno de sus predecesores en el trono imperial; le agradaba que sus súbditos lo llamaran, "*Nuestro Señor y Dios*". Pero Nerón recibió también honores similares; el rey de Armenia, por ejemplo, le rindió homenaje como "*su maestro y dios*". Y recordaremos cómo el emperador Cayo, indignado el año 40 D.C. porque los judíos no quisieron reconocerlo como dios, ordenó que su estatua fuese levantada en el templo de Jerusalén, disposición que, aunque fue cancelada, produjo una tremenda impresión entre los judíos y los cristianos por igual.

Los cristianos se negaron a apoyar semejantes pretensiones, y el lenguaje con el que tributaban honores divinos a Jesús, podía ser fácilmente interpretado como índice de sedición. Pablo y sus amigos fueron acusados en Tesalónica de actividades subversivas, en el año 50 y, en particular de proclamar un emperador rival, a un tal Jesús (Hechos 17:6 y sig.). Hemos de reconocer que aquellos magistrados romanos no fueron víctimas del pánico cuando escucharon una acusación tan grave, y que actuaron con firmeza y decisión.

Más tarde, en el transcurso de ese mismo año, Pablo escribió una carta a la iglesia que se había formado en Tesalónica durante su breve visita a esa ciudad y les dijo que no se dejaran sorprender por quienes les decían que el día del señor estaba cerca. Agregó que antes que llegue ese día, tiene que manifestarse abiertamente el principio de anarquía que ya entonces operaba secretamente en el mundo encarnado en "el hijo de perdición, el cual se opone y se exalta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto, de modo que se sienta en el templo de Dios y se hace pasar por Dios" (2 Tesalonicenses 2:3 y sig.). Esta descripción se hizo eco de las palabras de Jesús que menciona Marcos relacionadas con "la abominación desoladora ... puesta donde no debe estar" (13:14), reinterpretada diez años antes a la luz de la tentativa de Cayo que pretendió se le tributaran honores divinos en el templo de Jerusalén. Pero en cuanto al presente, continuó diciendo Pablo, la manifestación de ese "inico" está restringida por un poder que continuará haciéndolo "hasta que él, a su vez, sea quitado de en medio" (2 Tesalonicenses 2:7). El poder restrictivo era probablemente la autoridad imperial, como Pablo la conoció, que era una protección valiosa contra las fuerzas del mal que se levantaban para entorpecer el progreso de la obra de Dios. Pero Pablo creyó necesario expresar su pensamiento a través de un lenguaje velado, porque si epístola caía en manos inconvenientes, la mención explícita de la posibilidad de que la autoridad imperial sería quitada de en medio, podría considerarse como una confirmación del cargo de sedición traído contra él pocas semanas atrás en Tesalónica.

## VI. El Apocalipsis

Asia era, de todas las provincias del Imperio Romano, aquella en que el culto al emperador estaba más cabalmente organizado. Encontramos que en Pérgamo, ciudad asiática, el culto de Roma y Augusto ya estaba establecido en el año 29 A.C. Algunos piensan que el apóstol Juan tenía este culto en mente cuando describe a Pérgamo como el lugar "donde se halla el trono de Satanás" (Rev. 2:13), aunque otros creen que se refería al culto de Asclepios, el dios de la sanidad, con su imagen de una serpiente, que también estaba localizado allí. De cualquier manera que sea, lo cierto es que, además de las otras formas de paganismo con las que el cristianismo tuvo que vivir en la provincia de Asia, existía esta forma de culto especialmente seductiva, y la frialdad hacia el culto imperial podría haber sido interpretado como falta de patriotismo.

Recordaremos que Pablo tenía amigos entre los asiarcas de Efeso, quienes le aconsejaron que no penetrara al teatro cuando tuvo lugar la demostración borrascosa contra sus calumnias y en defensa de la gran diosa Artemisa o Diana. Pero los asiarcas eran los hombres principales de la ciudad de Asia que suministraban el personal para el alto sacerdocio del culto imperial romano, y la aristocracia asiática consideraba de gran honor el servir de esta manera. La tentación de contemporizar un poco tiene que haber sido muy fuerte, a veces, para los cristianos, para evitar dar la impresión a sus vecinos de que no apreciaban las bendiciones de la paz y prosperidad que la institución del imperio había proporcionando a esa parte del mundo. Pero la mayoría de los cristianos quiso ceder, y el culto imperial resultó ser para ellos un enemigo mortal.

La Revelación de Juan refleja la situación de las iglesias asiáticas bajo la dinastía de los Flavios (69 al 96). Ya se ha desencadenado en Roma una persecución feroz contra los cristianos, sin duda la del año 64 (Rev. 17:6) y, además, en la provincia de Asia la hostilidad de las autoridades está dirigida contra las iglesias. Juan vé que esa hostilidad está iniciada por Satanás, el gran dragón rojo, que hace guerra contra los santos por medio de dos agentes principales, las bestias de Revelación 13. La primera de estas bestias, la que surge del mar (o del abismo), es el poder imperial; la otra, la bestia terrestre (llamada también el falso profeta), es el culto imperial. Es decir, que el poder que en tiempos de Pablo había operado como el ministro de Dios, ahora aparece movido por el diablo para destruir al pueblo de Dios. El César ha traspasado los límites divinamente circunscriptos, reclamando autoridad sobre *"las cosas que son de Dios"*, y los cristianos no pueden dar su asentimiento a esa pretensión.

¿Cuál es, entonces, la defensa de ellos, mientras que el antiguo enemigo de Dios y de su pueblo agita y excita al poder temporal y al culto imperial, para hacer guerra contra los cristianos? Juan dice que "ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la



palabra del testimonio de ellos, hasta la muerte" (Rev. 12:11). Se negaron a comprometer su lealtad a Cristo, a pesar de todos los halagos y amenazas de sus enemigos. Prefirieron ir al martirio, y su sangre fue como semilla que produjo una rica cosecha en generaciones posteriores. Juan mantuvo ante ellos la victoria que su Señor, el "testigo fiel", ya había obtenido, para alentarlos a que perseveraran en su testimonio fiel, de modo que la victoria de Cristo pudiera ser de ellos también.

Cuando el César se entromete en una esfera que no le corresponde, como lo está haciendo actualmente en muchos lugares, los cristianos, que son los primeros en rendirle obediencia en lo que con justicia reclama, deben ser, también, los primeros en rechazar sus falsas pretensiones. Porque los cristianos reconocen que Jesucristo, su Señor, es "el gobernante de los reyes de la tierra" y, por lo tanto, el gobernante del César, también. Durante el servicio de la coronación de los reyes británicos se presenta al soberano un globo terráqueo de oro, que tiene arriba una cruz y se le dice: *"Cuando mires esta esfera colocada debajo de la cruz, recuerda que todo el mundo está sujeto al poder y al imperio de Cristo, nuestro Redentor"*. ¡Felices los pueblos cuyos gobernantes reconocen los derechos de la corona del Redentor!

Y si todavía no vemos que todas las cosas están puestas debajo de sus pies, por lo menos podemos dar testimonio de que El es el Señor. "La paciencia y la fe de los santos" que ganaron la victoria en los primeros siglos cristianos, harán hoy la misma obra, en una época en que los nuevos totalitarismos y las nuevas ideologías imperialistas se yerguen para reclamar para sí mismas la totalidad de la vida de los seres humanos. Lo cierto es que tal victoria está siendo ganada ante nuestros propios ojos por nuestros hermanos en la fe en otras partes del mundo, quienes triunfan por medio de la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio, y están dispuestos a dar la vida antes que negar su fidelidad y lealtad a Jesucristo. Mientras existan tales fieles confesores de la fe, ningún cristiano debe dudar de la seguridad del advenimiento de aquel día cuando el reinado del mundo será "EL REINO DE NUESTRO SEÑOR Y DE SU CRISTO, Y EL REINARA POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS" (Rev. 11:15).

El Evangelio Enfrenta al Pseudo-cristianismo

El pseudo-cristianismo, abarca una variedad de "*desviaciones cristianas*", -y empleamos la frase que ha popularizado últimamente en un título de libro el Dr. Horton Davies-, pero que son tan radicales que despojan al cristianismo de su carácter esencial, y pueden contrastarse con el cristianismo que lleva este nombre de un modo legítimo y veraz. Consideramos cuatro perversiones del cristianismo puro que aparecieron en el primer siglo de nuestra era, y nos ocuparemos de la defensa que se hizo contra ellas. Son:

- I. El Legalismo Cristianizado
- II. El Gnosticismo Ascético
- III. El Gnosticismo Antinómico
- IV. El Docetismo.

I. El Legalismo Cristianizado

Por legalismo cristianizado queremos significar la tentativa de combinar el evangelio de la gracia de Dios con los principios legalistas del judaísmo. En la historia de la iglesia apostólica se hicieron varias tentativas para conseguirlo, pero vamos a prestar atención especial a la tentativa debido a la cual el apóstol Pablo se vio en la necesidad de escribir su carta a los gálatas.

En los años 47 y 48, Pablo y Bernabé hicieron una campaña de evangelización que teniendo como base a Antioquía de Siria, incluyó a Chipre y al Asia Menor. En este último territorio consiguieron buen éxito en algunas de las ciudades situadas en la parte meridional de la provincia romana de Galacia, especialmente en Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe. Pero no mucho tiempo después que los misioneros hubieron regresado a Antioquía de Siria, surgieron perturbaciones en esta iglesia que se extendieron al territorio del sur de Galacia donde acababan de ser plantadas las iglesias mencionadas.

La iglesia e Jerusalén tenía entre su membresía a muchos judíos creyentes que podrían ser descritos como "celadores de la ley". Algunos de ellos tuvieron afinidades con el partido de los fariseos. Para ellos la iglesia era como una agrupación dentro de la

comunidad judía, grupo que acariciaba la idea de que Jesús cumpliría la esperanza mesiánica que sus compatriotas no habían sabido reconocer. Estaban de acuerdo que un número de gentiles quedara incorporado a la comunidad mesiánica para poder llenar cumplidamente la cuota de los elegidos que se incorporarían en los últimos días, ya que tantos judíos no habían sabido reconocer a Jesús como el Mesías. Pero esos gentiles tenían que ser reconocidos como prosélitos; estaban bajo la obligación no sólo de creer en Jesús como el Mesías, sino también de observar la ley de Moisés. Los doce apóstoles no aceptaron este punto de vista, como tampoco lo hicieron Pablo y Bernabé. Pero estos "celosos de la ley" trataron de encontrar un dirigente en Santiago el Justo, el hermano de Jesús, y no en los apóstoles, aunque debe reconocerse que Santiago era una persona más juiciosa y moderada que estos extremistas seguidores suyos.

Una delegación de esta gente visitó a Antioquía y trató de imponer sus puntos de vista a la iglesia local. La situación se tornó delicada por un tiempo, debido a que varios dirigentes cristianos de Antioquía creyeron que habría que hacer algunas concesiones temporarias a las convicciones bien arraigadas de aquellos visitantes; pero Pablo se negó a cederles ni una pulgada de terreno, porque creyó que estaban en juego las convicciones básicas del evangelio, y su firme decisión ayudó a que fuesen confirmados en su fe los que estaban vacilando.

La situación se presentó más precaria en las iglesias de Galacia. Esas iglesias fueron visitadas por cristianos judaizantes llegados de Jerusalén, quienes insistieron que los jóvenes cristianos de Galacia tenían que someterse a ser circuncidados y a guardar la ley, si querían aceptación por parte de Dios o el reconocimiento de los hermanos creyentes de la iglesia de Jerusalén. Por su falta de experiencia, los cristianos gálatas estuvieron dispuestos a prestar oído a las exigencias sinceras de los visitantes. Podría ser, pensaron, que Pablo no estuviera tan informado como ellos creían; según los visitantes éste hacía poco que había ingresado a las filas cristianas y no había sido comisionado por Jesús como los apóstoles de Jerusalén. Si Pablo tenía alguna clase de autoridad, la había recibido de los dirigentes de la iglesia de Jerusalén, y aquellos judaizantes podían representar la fe verdadera que se practicaba en Jerusalén.

El agregado de la circuncisión y los otros requisitos de la ley judía como necesarios para la salvación fue en realidad una perversión del evangelio. Anulaba el principio de que la salvación se concede por gracia y se recibe por fe, y proporciona al ser humano una participación en la gloria de la salvación que, de acuerdo con el evangelio, pertenece sólo a Dios. Todo el plan propuesto por aquellos judíos, era totalmente distinto del evangelio que Pablo y los demás apóstoles predicaban. En realidad, de verdad, no era el evangelio.

Cuando a Pablo le llegaron noticias de lo que acontecía en las iglesias de Galacia, les escribió urgentemente, advirtiéndoles que, si realmente estimaban su salvación, no abandonaran el mensaje libertador que le habían escuchado predicar, para aceptar en su lugar un sistema que sólo podía acarrearles esclavitud espiritual. La defensa paulina contra los legalistas incluyó los argumentos que siguen:

1. El evangelio que Pablo predicó lo recibió por encargo directo de Cristo. Esta declaración hace necesaria una defensa de su apostolado y un repaso de sus actividades desde la época de su conversión, con referencias especiales a sus relaciones con la iglesia de Jerusalén, para que se trasluciera de los hechos mismos lo infundada de la acusación de que él era deudor de los dirigentes jerosolimitanos de la autoridad que él poseía. Digamos de paso que la defensa del apostolado de Pablo, a la cual se vio obligado a recurrir en diversas ocasiones en el transcurso de su carrera misionera, forma una interesante fase de la apologética cristiana del primer siglo, aunque no podamos ocuparnos de ella en detalle. Pero para Pablo desempeñó con frecuencia un papel necesario en su defensa del evangelio.

2. Si se hubiese podido alcanzar la aceptación de parte de Dios por medio de la observancia de la antigua ley judía, ¿cuál fue el objeto de la muerte de Cristo?, preguntó Pablo. El murió por la salvación de su pueblo; pero no hubiera tenido necesidad de morir si la salvación pudiera alcanzarse por el medio que indicaban los judaizantes.

3. Los gálatas sabían por experiencia propia que la vida cristiana es un don del Espíritu de Dios; cuando ellos la recibieron, recibieron, también, al mismo tiempo, pruebas indubitables de la presencia y actividad del Espíritu en su propio medio. Pero si ellos habían comenzado la carrera cristiana en un plano espiritual tan elevado ¿no era absurdo y ridículo que imaginaran que podían continuarla en el plano inferior de las obras por la ley?

4. Los judaizantes justificaron su insistencia sobre la necesidad de la circuncisión, apelando al ejemplo de Abraham. La circuncisión fue el sello del pacto que Dios concertó con él, y ninguna persona incircuncisa podía esperar participar de ese pacto y de todas las bendiciones que lo acompañaron. A todo esto Pablo replicó que los verdaderos hijos de Abraham son todos aquellos que son justificados por la fe en Dios, como lo fue Abraham. Las promesas que Dios hizo a Abraham, tuvieron su cumplimiento en Cristo, no en el otorgamiento de la ley. Las bendiciones que abarcan esa promesa, entonces, no son obtenidas por medio de la ley de Moisés, sino por medio de la fe en Cristo, porque la ley fue introducida mucho tiempo después de la promesa y no podía modificar sus términos.

5. La ley pronuncia una maldición sobre todos cuantos no logran su cumplimiento cabal. Los que confían, pues, en la ley para su salvación, se exponen al riesgo de esta maldición. Pero Cristo, por medio de su muerte en la cruz, libró a su pueblo de la maldición que pronuncia la ley. ¿Por qué volver, entonces, a colocarnos debajo de esa maldición nuevamente?

6. El principio de rectitud por medio de la observancia de la ley, pertenece a la época de la falta de madurez espiritual, a la etapa del jardín de infantes. Pero ahora que Cristo vino, quienes colocan su fe en El, alcanzan su mayoría espiritual como hijos responsables delante de Dios. Escuchar los argumentos de los judaizantes, es atrasar el reloj del tiempo y volver a la infancia.

7. La ley imponía un yugo de esclavitud. En cambio, la fe en Cristo trae libertad. ¿Por qué el hombre inteligente y sensato, que ha sido emancipado por Cristo, ha de deshacerse de su libertad y someterse de nuevo a la servidumbre de los poderes elementales por medio de quienes la ley fue interpuesta? "Para libertad Cristo nos hizo libres; estad, pues, firmes, y no os sujetéis otra vez a un yugo de servidumbre" (Gálatas 5:1).

8. Y no se crea que esta libertad que el evangelio de gracia proclama, tenga afinidad alguna con la anarquía licenciosa. La fe de la cual habla el evangelio, es una fe que se manifiesta exteriormente a través de hechos de amor y así cumple la "ley de Cristo" (Gálatas 5:6; 6:2).

## II. El Gnosticismo Ascético

El gnosticismo es una forma de pensamiento que encontramos en una forma evolucionada en el siglo segundo. Reinterpretó el cristianismo para una élite intelectual representándolo con una forma de "*conocimiento*" superior (gnosis), por cuyo medio el alma puede ser liberada de las cadenas del orden material y remontarse al plano superior de la verdad y de la luz. En la mayoría de los sistemas gnósticos el desprecio hacia el orden material se manifestó en un trato severo al cuerpo humano. El ascetismo corporal y el enriquecimiento espiritual andaban juntos.

En la epístola a los Colosenses Pablo ataca a una forma incipiente de este gnosticismo. Colosas, ciudad que se asentaba en el valle de Lycus, en la provincia de Asia, había sido evangelizada por uno de los colegas de Pablo durante los tres años que duró su ministerio en Éfeso (años 52 al 55). Unos años más tarde, mientras se encontraba custodiado en Roma, esperando que su apelación al César fuese escuchada, le llegaron

noticias inquietantes con respecto a un movimiento que había aparecido en las iglesias del valle de Lycus, y muy especialmente en la iglesia de Colosas. Se trataba de la fuerte inclinación manifestada por esa iglesia hacia una enseñanza atractiva, calculada para subvertir la pureza del evangelio que ellos habían creído y aceptado, y llevarlos de nuevo a la esclavitud espiritual, aunque ellos mismos no lo habían sospechado entonces.

Básicamente esta enseñanza era judía. Ello se hace evidente dado el lugar que asignó a las ordenanzas legales, a la circuncisión, a las reglamentaciones de comida, al sábado, a las lunas nuevas y otras prescripciones de calendario judío. Hasta aquí era un movimiento muy similar al legalismo que Pablo había enfrentado en las iglesias de Galacia. Pero, sobre ese basamento judaico, se había levantado una estructura filosófica que no tenía origen judío. En aquella parte del Asia Menor las barreras entre los judíos y sus vecinos paganos habían dejado de ser muy efectivas. El trato social había traído como consecuencia la fusión religiosa, y "la herejía de Colosas", como generalmente se la llama, puede ser descrita como un sincretismo judeo-heleno que dio cabida en su sistema a ciertos elementos cristianos, de modo que pudiera resultar atractivo a los cristianos de la región.

Es este sistema, el poder angelical, o elemental, mediante el cual se dio la ley judía (Hechos 7:53; Gálatas 3:19; Hebreos 2:2), estaba identificado con los señores de las siete esferas siderales, "principados y poderes" que tuvieron cierta participación en la plenitud de la naturaleza divina y controlaban los medios de comunicación entre Dios y los hombres. Puesto que estaban en condiciones de separar a los hombres de su acceso a Dios, había que rendirles pleitesía en la forma del cumplimiento de la ley. Quebrantar la ley significaba incurrir en su enojo, y entonces ellos tenían que ser apaciguados mediante severas penas y penitencias. En cuanto a lo poco que este sistema se ocupó de la obra de Cristo, parece que sugirió que su descenso a la tierra y su retorno al cielo se debieron únicamente al permiso que esos poderes le concedieron; en realidad, el hecho de sus sufrimientos y muerte fueron considerados como evidencia de la inferioridad de Cristo frente a ellos. Por eso era que la fidelidad a Cristo no constituía protección suficiente en un universo dominado por esos seres poderosos. Eso podía verse claramente en el caso de una persona como Pablo, uno de los servidores de Cristo. Las aflicciones que acompañaban a Pablo en su vida de servicio a Cristo, demostraban que el apóstol no había alcanzado ese grado de dominio sobre las fuerzas cósmicas que le hubiera permitido evitar todas esas penurias y aflicciones.

Esta clase de enseñanza apeló a cierto temperamento religioso, tanto más por cuanto pretendió ser una forma de enseñanza avanzada para las personas espiritualmente superiores. Los cristianos fueron invitados a aprender esta sabiduría superior, a explorar los misterios escondidos, por medio de una serie de iniciaciones sucesivas hasta

que alcanzaran la perfección. El bautismo era una iniciación preliminar solamente; quienes persiguieran el camino de la verdad más completa, tenían que deshacerse de todos los elementos materiales por medio de un ascetismo riguroso hasta que fueran transportados de este mundo de tinieblas al dominio de la luz, y experimentar entonces su completa redención.

Pero a pesar de lo atractivo que este culto resultó para muchos, Pablo lo condenó como un engaño. Lejos de representar un grado más avanzado de conocimiento que el que provee el evangelio apostólico, es completamente inconsistente con ese evangelio, y trata de minar los fundamentos de él. Es un sistema que exalta los poderes planetarios y entroniza a la suerte en lugar de la voluntad de Dios: es un sistema que coloca a los hombres bajo el dominio de esos poderes y niega la gracia de Dios.

A esta "tradición de los hombres" como la llamó Pablo, le opuso la tradición verdadera de Cristo. Los poderes planetarios no tienen arte ni parte en la plenitud divina; esa plenitud está incorporada perfectamente en Cristo. En Cristo está concentrado todo el conocimiento y toda la sabiduría; en Cristo todo el conocimiento y toda la sabiduría están al alcance del creyente, no de una élite solamente, sino de todos. Los poderes planetarios no son intermediarios entre Dios y los hombres; esa función la cumple Cristo, que une la Deidad y la humanidad en su única Persona. ¿Fue Cristo inferior a los poderes planetarios? Al contrario: la supremacía que él ejerce sobre ellos está establecida sobre un doble derecho. En primer lugar, fue por El y para El que esos poderes fueron creados, junto con todo lo demás que existe. Y, en segundo lugar, El los derrotó cuando lo asaltaron en la cruz del Calvario, ya por su victoria sobre ellos, libertó de esas ya impotentes garras a su pueblo, al que habían mantenido en servidumbre. ¿Por qué los que están unidos a Cristo han de creer que tienen necesidad de apaciguar poderes que le deben a El su propia existencia? ¿Y por qué quienes han muerto y resucitado con Cristo por medio de la fe que han depositado en El, y participaron así de su victoria, han de rendir más tributo a poderes que Cristo derrotó de un modo tan espectacular? Lejos de ser una forma avanzada de sabiduría, ese culto de ángeles tenía todas las características de la falta de madurez, e invitaba a volver a las condiciones de infantilidad a quienes ya eran adultos en la vida cristiana.

En esta defensa del evangelio contra aquella teosofía plausible, Pablo dio un buen ejemplo de su disposición de ser todo para todos los hombres por causa del evangelio (1<sup>ra</sup> Corintios 9:22 y sig.), y atacó la falsa gnosis y al ascetismo corporal que se pretendía imponer a los cristianos de Colosas, con la gnosis verdadera y el ascetismo espiritual de Cristo. Y aunque escribió como un opositor intransigente de esa falsa enseñanza, examinó los términos característicos usuales de la falsa enseñanza, y demostró cómo la verdad que ellos pretenden enseñar, sin conseguirlo, está incorporada en Cristo, quien es

"el misterio", real y verdadero de Dios.

Es esta epístola el apóstol se propuso llevar a cabo dos tareas apologéticas al mismo tiempo: defender al cristianismo contra el mundo intelectual del paganismo, y defender la verdad del evangelio dentro de la iglesia. Como apologista entre los gentiles, Pablo fue, probablemente, el primero que hizo frente a los opositores paganos pisando el propio terreno de ellos empleando su lenguaje en sentido cristiano, para dejar bien establecido que los problemas que ellos buscaban solucionar en vano, tenían su solución completa y satisfactoria en Cristo Jesús.

El empleo que Pablo hizo de los términos técnicos de la herejía colosense, de un modo que se ha denominado "desinfectado", ayuda a explicar la diferencia que se observa entre el vocabulario de la carta a los Colosenses y el de su carta hermana a los Efesios, por una parte, y el resto de las epístolas paulinas por la otra. También puede haber sido como reacción frente a la herejía de Colosas que Pablo desarrolló su descripción anterior de la hermandad cristiana en la forma de las partes interrelacionadas del cuerpo humano y al punto de unión a que se había llegado entre los creyentes de Colosas y los de Éfeso, donde la iglesia es contemplada como el cuerpo de Cristo del cual Cristo es la Cabeza. De ese modo presentó la dependencia de cada uno y de todos los demás miembros de Cristo mismo, para obtener su vida y poder, y no sólo la interdependencia que debe existir entre los creyentes de la comunidad; y vindicó la supremacía de Cristo contra un sistema que lo hubiera arrojado de su trono.

En su réplica a la herejía colosense, Pablo desplegó más ampliamente el significado cósmico de Cristo que en ninguno de sus escritos anteriores. Este problema no se halla ausente de sus primeras cartas, pero en Colosenses y Efesios el tema aparece en forma más extensa. Aunque la enseñanza de la justificación por la fe es el fundamento del evangelio de Pablo, no agota a éste; pero en algunos sectores el paulinismo ha sido identificado de un modo tan exclusivista con esta enseñanza, especialmente tal cual se halla expuesta en Gálatas y Romanos, que se ha llegado a creer que los aspectos cósmicos y corporativos del evangelio, presentados en Colosenses y Efesios, no son paulinos. Lo cierto es que hay lugar para los dos en el paulinismo verdadero, y la apologética contemporánea tiene también que dar lugar a esos dos aspectos, si es que no quiere aparecer desproporcionada y defectuosa.

El hombre moderno debe aprender urgentemente la verdad de la supremacía de Cristo sobre todos los poderes del universo. El ser humano se encuentra oprimido por un sentido de impotencia entre las garras de fuerza despiadadas a las que no puede ni vencer ni escapar. Estas fuerzas pueden ser monstruos de factura humana, tipo Frankenstein, o pueden ser horrores que estén fuera de su contralor consciente; pero, de



cualquier modo que sea, el hombre se encuentra atemorizado por la vastedad de esas corrientes funestas que amenazan barrerlo hacia la destrucción, lo quiera o no. Y para el hombre moderno, víctima de su frustración y desesperación, el único mensaje de esperanza que tiene a su alcance, es la totalidad del evangelio de Cristo tal cual Pablo lo presentó a los colosenses: que Cristo crucificado y resucitado es Señor de todos, y que todas las fuerzas del universo, bien o mal dispuestas hacia El, le están sujetas. Que estar unido a Cristo por medio de la fe es destruir la esclavitud de las fuerzas hostiles, gozar de libertad perfecta, y conseguir el dominio sobre el imperio del mal, porque la victoria de Cristo es nuestra.

### III. El Gnosticismo Antinómico

Aunque la idea de que la materia es inherentemente mala consiguió que la mayoría de los gnósticos trataran al cuerpo con severidad como condición para salvar al espíritu del hombre, hubo grupos gnósticos que opinaron de un modo distinto. El cuerpo, dijeron, siendo parte del orden material, carece de importancia en la esfera religiosa; se lo puede tratar con severidad o con indulgencia. Eso no tiene nada que ver con el bienestar espiritual. Tal actitud podía llevar al abandono de toda sujeción en lo que a las acciones del cuerpo se refiere y, en la práctica, ella apoyaba a quienes argumentaban que el cuerpo debería ser humillado hundiéndolo en toda clase de vicios e impurezas.

En contraste con todas aquellas actitudes equivocadas con respecto al cuerpo, la enseñanza apostólica era que el cuerpo pertenece a Dios, igual que el espíritu, y que debe estar dedicado a su servicio. Pero la pequeña Epístola de Judas es el documento del Nuevo Testamento que parece tratar más directamente con la variedad del gnosticismo antinómico que se rehusaba a refrenar las pasiones del cuerpo.

Judas, que escribió probablemente en la parte final del siglo primero, dijo a sus lectores que cuando se sintió movido a escribirles acerca de "nuestra común salvación", se vio constreñido a emplear la pluma en defensa del evangelio contra un error insidioso que amenazaba subvertirlo. Pero Judas no se limitó en modo alguno a ofrecer una defensa pasiva. Porque existen ocasiones cuando no basta presentar una exposición de la verdad. Hay que llevar la guerra hasta dentro de las líneas enemigas, de modo que el error sea atacado, expuesto y refutado.

La fe por la cual Judas contendió es "la fe que ha sido una vez dada a los santos". Fue entregada por el Señor a sus apóstoles, y por éstos a su pueblo. Porque Cristo es la palabra total de Dios a los hombres. Dios no tiene nada que decir que no haya dicho por medio de Cristo. Por lo tanto, todas las pretensiones que aseguran transmitir una revelación *adicional* a la que ha sido dada por medio de Cristo, son falsas. Es así, ya sea

que esas pretensiones se hallen incorporadas en libros que tienen como objetivo reemplazar a la Biblia, o tomen la forma de tradiciones extra-bíblicas promulgadas como dogmas por alguna autoridad eclesiástica. Es verdad, como dijo Robinson, que *"el Señor tiene más verdad todavía para revelar de su Santa Escritura"*; pero esa verdad tiene que surgir de la palabra que ya ha hablado, la Palabra que se encarnó en Jesucristo y está registrada en las Sagradas Escrituras. El Espíritu de Dios, que habló a los profetas y a los apóstoles, nos habla todavía por medio de sus palabras y da, de este modo, testimonio de Cristo, quien es la revelación perfecta de Dios.

Los falsos maestros contra quienes Judas defiende la fe, no habían lanzado un ataque abierto en calidad de enemigos. No. Se habían infiltrado en las posiciones cristianas. Habían profesado la fe en Cristo, recibido el bautismo en su nombre e ingresado a la comunión de la iglesia; pero su conducta reveló que eran lobos vestidos con pieles de ovejas. Aprovecharon la ventaja del mensaje perdonador del evangelio, como si la eficacia de la obra redentora de Cristo les diera permiso para pecar como quisieran sin temer las consecuencias. Como alguna gente que Pablo conoció, como Rasputín en nuestro propio siglo, consideraron que debían continuar en el pecado, para que la gracia pudiera aumentar. Al hacerlo, dice Judas, "convierten el libertinaje la gracia de nuestro Dios". La vida de aquella gente demostró que eran totalmente ajenos al significado y al poder del evangelio, y que su modo de vivir constituía una negación total de Cristo. Cuando Judas niega que "niegan al Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo", debe haber tenido en mente las enseñanzas y prácticas morales de esa gente; pero tales enseñanzas y prácticas fueron, probablemente, la secuela de un falso concepto de la Persona y obra de Cristo, tal como aparece, de un modo u otro, en todos los sistemas gnósticos.

¿Cómo defendió Judas la fe contra los peligros que aquella gente representaba?

En primer lugar, recordó a sus lectores los personajes del Antiguo Testamento que esos falsos maestros habían tomado como ejemplos, y les dijo que del mismo modo que el juicio de Dios cayó sobre los israelitas rebeldes en el desierto, sobre los ángeles desobedientes y sobre los habitantes de las ciudades de la llanura; y así como cayó sobre individuos como Caín, Balaam y Coré, así caería sobre ellos. Aquellos hombres del Antiguo Testamento se rebelaron contra Dios y sufrieron por ello; así estos falsos maestros despreciaron a los custodios del orden piadoso en las iglesias y se alimentaron a sí mismos, en vez de alimentar a sus descarriados seguidores.

En segundo lugar, Judas indicó que aquellos falsos maestros ya fueron anticipados por los profetas del Antiguo Testamento y por los apóstoles de Cristo, quienes advirtieron por adelantado sus plausibles maquinaciones. En realidad Judas encontró en ellas un

cumplimiento de las predicciones relacionadas con el Anticristo, porque cuando las describe y dice que sus bocas "hablan cosas arrogantes" (versículo 16), usa el lenguaje que emplea Daniel para describir al rey soberbio que "hablará maravillas contra el Dios de dioses" (Daniel 11:36). Ni fue tampoco Judas el único escritor cristiano de aquellos tiempos que reconoció en los herejes las manifestaciones preliminares del espíritu del Anticristo que se habría de manifestar al final de los tiempos (I Juan 2:18,22; 4:3; II Juan 7).

En tercer lugar, Judas exhortó a sus lectores a hacer de la fe apostólica el fundamento de su vida, a perseverar en la oración, a permanecer en la comunión del amor de Dios, y a esperar el derramamiento de misericordia que determinará el segundo advenimiento de Cristo. Así sus pies estarán guardados en el camino que lleva a la vida eterna. También deberán rescatar a quienes están en peligro de ser engañados por los falsos maestros, y aborrecer a la falsa doctrina misma.

Y en cuarto lugar, Judas los encomendó a Dios, quien es capaz y poderoso para guardar a los suyos de caídas hasta llevarlos finalmente con él a su presencia gloriosa, y satisfacerlos con su gozo. Porque, a pesar del vigor de su polémica, no se contentó con denunciar el error. Supo que la mejor defensa contra la insidia de esa herejía, está en mantener una comunión más completa e íntima con el amor de Dios y con la fe en Cristo.

#### IV. El Docetismo

El punto de vista gnóstico del mundo material como irreal o esencialmente malo, se opuso a varios principios básicos del Nuevo Testamento. Minó la doctrina de la creación pues algo que era irreal o esencialmente malo, no podía haber sido creado por Dios. Minó la doctrina de la encarnación, porque es evidente que el Ser divino no podía habitar un cuerpo material si la sustancia de ese cuerpo era irreal o mala. Una tentativa que apareció en aquellos días para reconciliar la doctrina gnóstica de la materia con la enseñanza apostólica acerca de la persona de Cristo, fue la teoría de que el cuerpo que el Señor tomó al venir al mundo, no era real sino un cuerpo de fantasma, espectral. Decían que *pareció* que él vivía en un cuerpo material, y por ello fueron llamados *docetistas*, término surgido de la voz griega *dokein*, que significa "parecer".

Pero si la encarnación de Cristo es irreal, entonces su muerte y resurrección fueron irreales también, y todo el evangelio queda despojado de su verdad y de su poder. Un legado desgraciado que ha quedado de esta herejía cristiana que tuvo tan corta vida, - corta en lo que respecta a su carrera dentro de la historia del cristianismo-, permanece hasta hoy para confundir a los musulmanes en lo que se refiere al testimonio cristiano. Porque cuando el Corán dice de Jesús que "ellos no lo mataron, ni tampoco lo

crucificaron sino que creyeron haberlo hecho", podemos inferir que Mahoma debió esta idea a una fuente cristiana contaminada con docetismo. Fue, pues, a fines del siglo primero que encontramos que las comunidades cristianas fueron advertidas repetidas veces contra quienes negaban la realidad de la encarnación de Cristo; negaban que hubiera venido en carne. Aquellos docetistas ocupaban una posición como profetas, y sus palabras dichas sin premeditación fueron creídas generalmente como guiadas por el Espíritu de Dios. Los cristianos tuvieron que ser advertidos que sólo por el contenido de las palabras de tales profetas se podía decidir si estaban guiados por el Espíritu de Dios, o un espíritu de índole muy distinta. A principios del segundo siglo, Ignacio, obispo de Antioquía, martirizado en Roma en el año 109, y poseyendo él mismo el espíritu de profecía, se vio en la necesidad de frenar su ejercicio en las iglesias debido al mal uso que se hacía de ese don, porque las falsas enseñanzas lo explotaban. Y antes de Ignacio, Juan el Evangelista, -si hemos de atribuirle las epístolas de Juan al igual que el evangelio-, se vio, también, en la necesidad de escribir a los cristianos de Asia Menor: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced al Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios" (I Juan 4:1 y sig.). Y otra vez: "Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y anticristo" (II Juan 7).

Una de las formas del docetismo estuvo asociada con el nombre de Cerinto, quien, según la tradición, es *"el engañador"* a quien Juan tiene en mente. Se nos dice que Cerinto sostenía que *"el Cristo"* (un poder divino) descendió sobre el nombre de Jesús en el momento de su bautismo y lo capacitó para realizar las obras portentosas que caracterizaron su ministerio pero que, lo abandonó antes de expirar en la cruz. Este último punto está bien ilustrado en el llamado *Evangelio de Pedro*, un documento docetista del siglo segundo, en el que se representa a Jesús exclamando en la cruz, *"¡Mi poder, mi poder!, ¿por qué me has abandonado?"*

Juan refutó esta enseñanza de un modo explícito, tanto en su evangelio como en sus Epístolas. Cuando dice en I Juan 5:6, "Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre", estaba pensando en quienes decían que el Cristo vino con agua (es decir, en el momento de su bautismo), pero no con sangre (porque el poder divino lo había abandonado antes de morir). Algunos comentaristas ven en estas palabras de Juan una referencia a los dos sacramentos cristianos, y es posible que no estén equivocados; pero Juan se ocupó primeramente de las realidades históricas que estaban detrás de los sacramentos. Quien fue bautizado era Cristo, el Hijo de Dios; quien murió era Cristo el Hijo de Dios. Juan replica a la distorsión docética de la fe con una afirmación positiva de la doctrina verdadera de Cristo.

Del mismo modo habla en su Evangelio de la encarnación de nuestro Señor en un lenguaje demasiado directo y sin ambigüedades como para ser mal entendido o mal interpretado en el sentido docetista, cuando dice: "el Verbo se hizo carne" (Juan 1:14). Si hubiese dicho que "*el Verbo asumió la humanidad*" o "*tomó sobre sí un cuerpo humano*", habría dicho la verdad; pero con la afirmación tajante y cortante de que "el Verbo se hizo carne", insistió sobre la realidad de la encarnación en términos tales que no podían ser empleados como una fórmula teológica que cubriera una amplia variedad de interpretaciones.

Y así como subrayó la realidad de la encarnación al principio de su Evangelio, así también, al finalizarlo, afirmó la realidad de la muerte de Cristo contra quienes sostenían que sólo había muerto aparentemente, o que no era el Cristo quien había muerto. En el relato de la crucifixión narra, después que Jesús hubo muerto, como su costado fue traspasado con una lanza, "Y al instante salió agua y sangre" (19:34). Y agrega: "Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis". Esta solemne declaración tuvo la intención evidente de confirmar:

- a. Que Cristo murió realmente
- b. Que por su muerte se cumplieron las profecías del Antiguo Testamento relacionadas con su muerte, y
- c. Que la sangre y el agua que brotaron de su costado, son una prenda parabólica de la verdad que El vino "no con agua solamente, sino mediante agua y sangre".

Los hechos históricos de Cristo constituyen nuestra corte de apelación para la refutación del error y el establecimiento de la verdad. Ningún pronunciamiento de autoridad eclesiástica alguna tiene el peso de esos hechos. R. C. Moberly dice en su obra *Lux Mundi*, "Admitimos los Concilios, y los Credos también, pero tienen que basarse totalmente sobre la historia de nuestro Señor Jesucristo" (p. 117).

La presentación del evangelio en toda su fuerza y plenitud, es la mejor defensa contra el pseudo-cristianismo. Así lo creyeron evidentemente los apóstoles y demás cristianos del primer siglo. Ellos sabían que es necesario refutar el error, pero solamente para que el terreno quede limpio para proclamar la verdad.

Algunas desviaciones con que ellos tuvieron que vérselas, están todavía entre nosotros. Lo más perennemente popular es la que imagina que podemos alcanzar el favor de Dios

mediante nuestras propias obras o, viviendo de un modo decente, sencillamente. ¿Qué más puede Dios pedir? Yo supongo que algunos de nosotros habremos tenido al oportunidad de explicar la justificación por la fe a otra persona, empleando palabras muy sencillas, como para presentar el problema con gran claridad y que al final de la conversación, se nos ha dicho, "*Sí, eso es precisamente lo que yo digo: tenemos que hacer el mayor bien que podamos*". En nuestros días hay tanta necesidad de insistir sobre la bancarrota total del ser humano delante de Dios; sobre su obligación moral frente a la gracia infinita de Dios, y la suficiencia total de Cristo, porque son temas tan fundamentales como lo fuera el día que Pablo escribió su Epístola a los Gálatas. Pero si alguien llega a creer equivocadamente que la libertad cristiana que nos proporciona la gracia de Dios, significa liberación de las obligaciones morales, entonces existe la necesidad urgente de insistir que, por el contrario, la gracia nos enseña "a renunciar a la irreligiosidad y a las pasiones mundanales, para que vivamos en este mundo sobria, justa y piadosamente" (Tito 2:12). Y cuando se trata de exponer de un modo nuevo al cristianismo, en la forma de una filosofía corriente o de alguna moda cosmológica, y en términos tales que deja de ser el cristianismo genuino del Nuevo Testamento, recordemos que el siglo primero ya conoció semejantes tentativas y aprendió como tratarlas. Las modas filosóficas y cosmológicas tienden a ser efímeras. Lo cierto es que si el cristianismo del siglo primero se hubiera identificado completamente con las modas de esta clase muy pronto hubiera ido al lugar de los trastos inservibles. La perennidad gloriosa del evangelio no se halla atada a concepciones mundiales fuera de moda; sirve para todos los tiempos y edades, tanto para el siglo veinte como para el primero, porque suple las necesidades totales del ser humano por medio de Jesucristo, el Señor, quien "es el mismo ayer, hoy y por los siglos".

La Finalidad del Evangelio

La pertinencia de este capítulo está subrayada por un despacho de la prensa diaria que apareció en varias partes a principios de 1958 y que decía:

UN EVANGELISTA NATIVO DE LA MISION DINAMARQUESA EN EL SUDAN HA SIDO MULTADO Y CONDENADO A SEIS MESES DE PRISION, POR HABER OFENDIDO A LOS MUSULMANES AL REDICAR SOBRE LAS PALABRAS DE JESUS, 'NADIE VIENE AL PADRE SINO POR MI'. EL EVANGELISTA SOSTIENE QUE NO HA DICHO NADA HOSTIL HACIA LA FE MAHOMETANA, Y HA APELADO LA SENTENCIA. AL MISMO TIEMPO FUERON ENCARCELADOS TRES PASTORES SUDANESES Y UN MIEMBRO DE LA IGLESIA, QUE LUEGO FUERON LIBERTADOS. LOS CIRCULOS MISIONEROS DANESSES INFORMAN QUE EL INCIDENTE HA DESPERTADO GRAN ATENCION, Y QUE SE OBSERVAN CON CUIDADO LOS ACONTECIMIENTOS QUE PUEDEN DESARROLLARSE.

No poseo ninguna información que pueda arrojar luz sobre la veracidad de este informe o sobre las circunstancias que lo motivaron. Pero nos recuerda, lo que para muchas personas, es el *skandalon* de la fe cristiana, su ofensa central. El cristianismo no puede, ni quiere, entrar en componendas con otras religiones, ni está dispuesto a ceder sus pretensiones exclusivas, o cambiar su fisonomía para acomodarlas. Se presenta, a igual que en el siglo primero, como la palabra final de Dios al ser humano; proclama a Cristo, como lo hizo en la primera centuria, como el único Mediador entre Dios y el hombre. El evangelista sudanés puede tener razón al sostener que no dijo nada hostil hacia la fe musulmana en lo que respecta a la ley del país en que vive pero, en el sentido religioso, toda proclamación del evangelio, especialmente basada en el texto bíblico como el que nos ocupa, tiene que ser, inevitablemente, hostil a un sistema que proclama que otro y no Cristo, es el vocero de Dios por excelencia.

La apologética del Nuevo Testamento está cuadrada en una concepción del mundo, que es bíblica en toda su extensión. Ya vimos cómo esa visión del mundo fue presentada en la defensa apostólica del evangelio contra el paganismo del primer siglo. En esa defensa Dios quedó representado como el Creador del mundo, el Sostenedor de la vida, el Señor de la historia, y el Juez de todos los hombres. Cristo, el Hijo de Dios, ocupó el lugar central en aquella concepción del mundo. El es el único por medio de quien han sido creadas todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten mediante su palabra: quien, por el triunfo obtenido sobre el mal demostró ser el Señor de la historia y quien ha sido designado por Dios para ser el Juez de los vivos y de los muertos. Y este Cristo apareció sobre la tierra "una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en

medio el pecado" (Hebreos 9:26). No es que la consumación de las edades tuvo lugar, en realidad, cuando El apareció, sino más bien que su venida y sus actos hicieron que ese momento preciso fuese la consumación de las edades. La concepción bíblica del mundo presenta a Cristo en términos escatológicos, y es preciso dar énfasis a la revelación de Dios en estos términos.

## I. La Epístola a los Hebreos

A. B. Bruce, distinguido teólogo escocés, publicó en 1899 un libro que tituló *The Epistle to the Hebrews: The First Apology for Christianity, La Epístola a los Hebreos: La primera Apología del Cristianismo*. Si de verdad en realidad está completamente justificado el término "primera" que aparece en el subtítulo, es debatible; pero, aparte de ello, el subtítulo anota con precisión lo que es realmente la Epístola a los Hebreos. El propósito del autor desconocido, como dice Bruce en su prefacio, fue "*mostrar la excelencia del cristianismo a una comunidad que poseía una percepción muy defectuosa de su naturaleza verdadera*".

Las circunstancias que produjeron esta epístola tienen que ser inferidas de su mismo contenido, y son varias las deducciones que diversos lectores han formulado. Uno de los estudios más convincentes, según nuestra opinión, es el que presentó William Manson en las conferencias Baird que pronunció en 1952, bajo el título *The Epistle to the Hebrews, La Epístola a los Hebreos*. Según Manson la epístola es, más bien, una homilía en forma escrita que tiene algunas anotaciones personales agregadas al final, dirigida a un grupo de cristianos de origen judío que vivían, probablemente, en Roma. Aquellos cristianos estaban inclinados a mirar hacia atrás, en vez de hacia adelante; dudaban de separarse totalmente del judaísmo y entregarse completamente, sin reservas, a la marcha ascendente del pueblo de Dios. Hasta se encontraban en peligro de abandonar la fe que habían colocado en Cristo, debido, en parte, a la persecución y a la desilusión, y en parte, -probablemente-, a que estaban siendo acosados por "*enseñanzas diversas y raras*" similares a las que habían dado cabida en la iglesia de Colosas. Uno o dos escritores recientes han encontrado afinidades entre las posiciones que se critican en la Epístola a los Hebreos y las posiciones halladas en los documentos de Qumram; pero todo cuanto pueda decirse al respecto es que las comunidades judías de la Roma de aquellos tiempos preservaron ciertas características que asociamos con las sectas inmersionistas del valle del Jordán y del Mar Muerto, más bien que con el judaísmo normativo.

La gente a la que fue dirigida la Epístola, se vio tentada a cortar sus relaciones con la hermandad cristiana que pregonaba la necesidad de marchar hacia adelante, y al cortarlas, perder su identidad, siendo asimiladas por el judaísmo. Por consiguiente, el autor de la Epístola insiste sobre la finalidad de la revelación cristiana, la desaparición



inminente del viejo orden judío, el castigo irrevocable a que se había hecho merecedora la apostasía y la bienaventuranza de la esperanza cristiana.

Muchos de los detalles de su argumento son aplicables especialmente a la situación que él estaba tratando. Por esta razón se ha indicado, a veces, que su argumento no es generalmente aplicable a la época en que vivimos. Según un reciente expositor evangélico norteamericano, *"la totalidad del libro trata una situación que prevalecía en el siglo primero pero que no existe en nuestros días"* y, por consiguiente, aunque la aplicación primaria de la Epístola tiene que ser determinada por el estudio de su trasfondo y análisis histórico, *"no puede tener una aplicación secundaria para el día de hoy, puesto que las condiciones que prevalecían entonces ya no existen más"*. A todo esto podemos replicar que dondequiera el pueblo de Dios se vea en peligro de perder la fe en Cristo o se va deslizándose hacia atrás en vez de ir hacia adelante, las enseñanzas generales de la Epístola son válidas y aplicables.

A renglón seguido presentamos un resumen del argumento de la Epístola:

"Dios habló de varias maneras a nuestros padres por medio de los profetas, pero ahora nos ha hablado su palabra final por medio de su Hijo, quien es su imagen perfecta. El Hijo de Dios es superior a cualquier profeta. Es superior aún a los ángeles, como lo atestiguan ampliamente las escrituras del Antiguo Testamento. Fue por medio de ángeles que fueron comunicadas las leyes de Moisés, y sus sanciones fueron bastante severas. ¡Cuánto más peligroso es ignorar el mensaje salvador traído, no por ángeles, sino por Jesús, el Hijo de Dios!

"Jesús, el Hijo de Dios, es Aquel a quien ha sido entregado todo el dominio del mundo para todo el porvenir. Como nos lo enseña el Salmo octavo, Dios ha puesto todo bajo el dominio del hombre, y fue la naturaleza del hombre, *-nuestra naturaleza-*, que tomó sobre sí el Hijo de Dios con el fin de reconquistar ese dominio, vencer al diablo que lo había usurpado, y rescatar a quienes él mantiene en vasallaje. Además, porque Jesús se hizo verdadero hombre, está capacitado para actuar como Sumo Sacerdote de su pueblo: El conoce todas sus pruebas por experiencia propia y, por lo tanto, puede ayudarlos en tiempo oportuno. (Sin embargo, hemos de observar que quienes se rebelaron contra Dios en los días del paso por el desierto, quedaron excluidos de su descanso en la tierra prometida. Hay un descanso mejor que el que los israelitas encontraron en Canaán; es el descanso que el pueblo de Dios espera todavía, pero hemos de tener cuidado de no perderlo, rebelándonos contra Dios cuando nos habla ya no por medio de Moisés como en tiempos pasados, sino por medio de Su Hijo, que es superior a Moisés).

"Como ya se ha dicho, Jesús en nuestro Sumo Sacerdote, capaz de simpatizar y ayudar a su pueblo. Por eso podemos encontrar confiadamente comprensión y gracia libertadora de parte de quien soportó las agonías del Getsemaní. Dios mismo lo ha llamado a este gran oficio del sacerdocio, como lo aclara el testimonio del Antiguo Testamento: "El Señor ha jurado y no cambiará su modo de pensar, Tú eres sacerdote de acuerdo al orden de Melquisedec". (Me agradecería extenderme sobre este particular, pero no sé si realmente debo hacerlo, porque os falta mucha madurez cristiana. Os debo advertir solemnemente que quienes fueron una vez bautizados y gustaron las bendiciones de la nueva era, nunca pueden repetir la experiencia del arrepentimiento y de la regeneración, si es que cometen apostasía. No que yo crea que vosotros deseáis ser apóstatas; tengo mejor opinión de vosotros que creer eso; pero sí quiero que avancéis desde el punto en el cual os encontráis, de modo que lleguéis a la madurez completa en vez de permanecer en este punto o retroceder).

"Cristo es, entonces, Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, designado por Dios mismo. Vosotros recordaréis la historia de Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo (Génesis 14:18 y sig.). Apareció repentinamente, sin antecedentes, y nada sabemos de su carrera posterior. Con todo, fue un hombre notable. Nuestro padre Abraham le pagó diezmos y recibió su bendición. Hasta podéis decir que Leví, el antecesor de las familias sacerdotales de Israel, pagó diezmos a Melquisedec en la persona de su bisabuelo, Abraham. Esto quiere decir que Melquisedec es más importante que Leví, y que el sacerdocio de Melquisedec es mejor que el de Aarón. Y esto resulta obvio, porque si la perfección habría de alcanzarse mediante el sacerdocio de Aarón, ¿por qué habría Dios de conferir al Mesías un sacerdocio de un linaje distinto?

"El sacerdocio de Jesús según el orden de Melquisedec es de varias maneras superior al sacerdocio de Aarón. Jesús es inmortal, mientras que los sacerdotes del linaje de Aarón, murieron uno tras otro. Jesús es sin pecado mientras que los sacerdotes del linaje de Aarón, tuvieron que ofrecer sacrificios para ellos mismos antes de poder presentarlos por el pueblo. El servicio de sacrificio que ellos pudieron ofrecer, tenía que ser repetido constantemente, porque en realidad de verdad nunca pudo llegar a ser efectivo; mientras que Jesús quitó para siempre los pecados del pueblo, y de una sola vez. Aquellos sacerdotes ministraron bajo el pacto antiguo instituido en el Monte Sinaí; en cambio Jesús es el Mediador del nuevo pacto, cuya inauguración fue predicha por Jeremías. El hecho de que éste es un pacto nuevo significa que el antiguo caducó. Aquellos sacerdotes ministraron en un santuario terrenal que perteneció al pacto antiguo, donde una cortina espesa cerraba el paso a la presencia divina; pero Jesús ejerce un gran sacerdocio en el santuario celestial, donde no existe ninguna barrera ni impedimento entre los adoradores y Dios. Y este santuario celestial, en el cual tenemos un acceso tan directo a Dios, es el santuario verdadero, del cual el terreno fue sólo una copia. Porque el

judaísmo antiguo, comparado con la revelación cristiana, fue lo que la sombra es a la substancia.

"Entonces, pues, abandonemos el orden viejo y caduco y lleguémonos a Dios por medio de este camino nuevo que Jesús abrió para nosotros por medio de su muerte. Mantengamos firme nuestra fe y esperanza en El. De este modo tendremos firmes y seguras las realidades eternas que no pueden ser vistas con los ojos naturales, y podremos mirar hacia adelante, con anhelante expectativa hacia la certidumbre del regreso del Señor. Los santos de los tiempos pasados obtuvieron la aprobación de Dios mirando con fe siempre adelante; sigamos nosotros, también, ese mismo ejemplo. Mejor todavía: sigamos el ejemplo de Jesús, quien recorrió la carrera sin titubear, a pesar de la vergüenza de la cruz, y ahora está sentado a la diestra de Dios. No desmayemos a causa de nuestras pruebas: esas pruebas revelan que somos realmente hijos de Dios. Y pensad en la gloria a que hemos sido introducidos en esta nueva era de cumplimiento. Es algo que sobrepasa en gran manera a todo cuanto experimentaron los hombres de fe en el pasado. ¿Cómo podemos pensar jamás de volver atrás a las formas imperfectas y caducas de culto?"

"Mantened, entonces, vuestra confesión cristiana en fe y esperanza; vivid como deben vivir los cristianos, y que Dios, que levantó a Jesús de entre los muertos, os ayude para que hagáis su voluntad en todas las cosas".

Tal es el argumento del escritor, y hemos de conceder sin duda alguna que muchos de sus detalles tienen poco que hacer en la apologética cristiana en la actualidad. Pero cuando miramos más allá de las circunstancias inmediatas que provocaron esta defensa de la fe en este siglo primero, y del dilema peculiar y temporario en que se vieron envueltos aquellos lectores de antaño, y tenemos en cuenta el énfasis central de la Epístola, podemos reconocer que su argumento tiene validez permanente.

El escritor bíblico insiste que Cristo es la palabra final dirigida por Dios al hombre. Quienes omiten o abandonan el camino de vida que se encuentra en Cristo, no deben esperar otro mensaje de Dios, ningún otro medio nuevo de salvación que podría suministrarle perdón o paz, aparte del sacrificio de Cristo, efectuado una vez para siempre. Y esta nota tónica, "una vez para siempre", suena a través de toda la Epístola, y señala a los lectores la obra terminada de Cristo como la base única y adecuada de su fe. Aquí, se nos asegura, lo que puede limpiar, afirmar y asegurar la conciencia de un modo que no tiene su igual en el mundo.

Pero, aunque la obra de salvación fue realizada por Jesús una vez para siempre, El permanece para siempre. "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos" (Hebreos

13:8). Todo lo demás cambia; las modas religiosas van y vienen; los maestros y sus enseñanzas mueren, los cielos y la tierra pasarán, "Pero Tú eres el mismo, y tus años no acabarán" (Salmo 102:27). Así escribió el salmista con palabras que nuestro autor aplica a Jesús en la misma forma en Hebreos 1:12. Jesús es pues el que proporciona el único fundamento estable para la fe.

Pero esto no implica una actitud mental estática. Al contrario, esta epístola repetidas veces exhorta al pueblo de Dios que vaya hacia adelante. "*¡Sigamos! ¡Salgamos!*". "Es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos" (Hebreos 2:1).

Los cristianos son cristianos en virtud de ciertos actos de Dios que tuvieron lugar en un tiempo definido del pasado; pero esos actos de Dios pusieron en juego una fuerza dinámica que no permite nunca que el cristiano pueda quedarse quieto o empantanado. La fe que una vez fue dada a los santos no es algo que nosotros podemos pescar o cazar y luego domar o domesticar. No. Es algo que nos lleva siempre hacia adelante a nuevas aventuras en la causa de Cristo, a medida que Dios nos va conduciendo a ellas. Debido a la firmeza de la fe que Abraham tuvo en el Dios inmutable, marchó enseguida donde Dios lo llamaba sin saber adónde iba. Permanecer en el punto adonde nos condujo algún maestro venerado en el día de ayer, debido a un sentido equivocado de lealtad hacia él; continuar un cierto tipo de actividad religiosa simplemente porque sirvió a nuestros padres y antepasados, son tentaciones que hacen que el mensaje de la Epístola a los Hebreos sea necesario y saludable a todos cuantos lo escuchamos en nuestros tiempos. Y hay otras clases de tentaciones que podríamos mencionar. Cada nuevo movimiento del Espíritu de Dios tiene la tendencia de estereotiparse en el curso de la generación que le sigue y, lo que hemos oído con nuestros propios oídos y lo que nuestros padres nos dijeron, se transforma en una tradición tenaz que exige que debemos acordar únicamente a la palabra de Dios, que es activa y viviente. Cuando el cristiano examina y analiza el mundo de nuestro día, descubre que hay mucha tierra que conquistar en el nombre de Cristo pero, para tomarla se necesita una medida generosa de la fe que con tanta urgencia se amonestó a tener a los lectores de la Epístola a los Hebreos, una fe que siempre mira hacia adelante. Aquellos primeros lectores de la carta vivieron en una época en que se estaba disgregando el antiguo orden que ellos tanto amaban, y en aquella situación no les hubiera servido de nada aferrarse a las venerables tradiciones del pasado. Solamente les servía asirse fuertemente al Cristo inmutable que podía llevarlos hacia adelante, y capacitarlos para que pudieran enfrentar el nuevo orden con confianza y con poder. De modo que, en un día en que todo lo que parece que puede es sacudido ante nuestros ojos y debajo de nuestros pies, demos gracias por el reino incommovible que hemos heredado y que permanecerá para siempre cuando hayan desaparecido todas las esperanzas que los hombres han fabricado.

## II. El Evangelio de Juan

Cuando llegó el final del primer siglo de nuestra era, el cristianismo había establecido sus posiciones en el mundo romano, especialmente alrededor de las riberas del Mediterráneo Oriental, y lo hizo con una fe y vida distinta del judaísmo con quien había mantenido asociaciones tan íntimas. La Palestina, que fuera el teatro originario de los episodios del Evangelio, había sido puesta fuera de acción como comunidad judía, unos cuarenta años antes, y era un asunto del pasado. Como el cristianismo es una fe basada en sucesos históricos, la terminología en que fue presentado corrientemente, tuvo que tener, inevitablemente, eslabones con la época pasada. Una fe que se presentaba ceñida tan fuertemente a un lugar específico y a una época determinada, ¿podía ser realmente importante para otros lugares y otros tiempos?

Esta era la situación a la cual se dirige en el Cuarto Evangelio el último de los sobrevivientes de los compañeros íntimos de Jesús. Este escritor no pudo ni quiso apartarse del fundamento histórico de mensaje cristiano, o sea el lugar y tiempo en que ocurrieron los sucesos salvadores; pero presentó su mensaje, registró aquellos acontecimientos en una forma tal, que pudo proporcionarles un significado permanente. Este autor se consideró en primer lugar y en primera línea como un testigo: un testigo de las cosas que él y sus compañeros vieron y oyeron en Palestina en la tercera década de ese mismo siglo. Pero escribió de tal manera un testimonio personal de modo que la gente que vivía en aquel amplio mundo heleno de la última década del siglo, ya fueran judíos o gentiles, pudiera participar en algo lo que él y sus amigos experimentaron cuando vieron la gloria de Dios reflejada en la vida de Jesús de Nazareth, el hijo de José. Y, en verdad, lo hizo tan admirablemente que otro mundo, mucho más amplio que aquel al cual escribió, el mundo del siglo veinte, puede sentarse todavía a sus pies mientras pinta el cuadro de la Vida que es la luz de los hombres, y encontrarse cara a cara con el Cristo eterno.

El Evangelio de Juan incluye incidentalmente varias fases de apologética. Ya vimos su defensa del evangelio histórico contra los docetistas; también lo defendió contra las objeciones surgidas en el judaísmo y, posiblemente, contra ciertas críticas proporcionadas por la gente que seguía considerando que Juan el Bautista era el maestro más grande que Dios había enviado, y que no era el precursor de alguien más grande que él mismo. Y así fue como Juan pasó fácilmente de la apologética defensiva a la polémica positiva. "El discípulo a quien Jesús amaba" no toleró ninguna clase de compromisos, y no titubeó en colocar una mancha negra a quienes no participaron del concepto y de la estima que él sintió por su Señor, ya fueran enemigos declarados, o contemporizadores, quienes, por miedo a las autoridades, no se confesaran abiertamente como discípulos suyos, y prefirieran antes la alabanza de los hombres que la alabanza de Dios.

Pero estos motivos apologéticos y polémicos quedaron como parte del otro propósito que tuvo en vista el Evangelista: dar testimonio de Jesús como la eterna palabra de Dios, la expresión misma de Dios en una vida realmente humana y vivida en el plano mismo de la historia de este mundo. La Palabra, el *logos* de Dios, vino a los hombres en una variedad de formas en el pasado; pero en Jesús se hizo carne. Dios no pudo traer su Palabra a los hombres en una forma más cercana que en una vida que viviera entre ellos mismos. Por consiguiente, con la venida de Cristo, la revelación de Dios es completa.

"Y el Verbo se hizo carne", dice Juan, "y puso su tienda entre nosotros", traduce una versión, "y vimos su gloria". El tema del Evangelio es como se vio en Jesús la gloria divina. Juan cuenta una serie de hechos poderosos producidos en el ministerio de Jesús y que el escritor presenta como *señales* de la gloria divina que estaba revelada en El: Jesús manifestó la gloria de Dios en la fiesta de la boda de Caná de Galilea; junto al sepulcro de Lázaro; sobre la planicie galilea y en el patio del templo de Jerusalén, y muy especialmente en su muerte sobre la cruz y su resurrección del sepulcro, y dondequiera hubo ojos que quisieran ver.

A medida que estas señales quedaron registradas, una tras otra, las lecciones que simbolizan quedaron impresas en el ánimo del lector. Jesús es el sustentador verdadero de la vida de los hombres: El es el pan de vida y que suple el agua de vida. La adoración restringida de los tiempos antiguos, ha dado lugar a un nuevo orden, sin limitaciones de tiempo y espacio, en que los seres humanos pueden adorar al Padre en espíritu y en verdad. Comparado todo esto con el orden del antiguo cuño, el viejo es como el agua comparada con el vino que El ha transmutado. La liturgia de antaño y el año sagrado puntualizado por las festividades teñidas de asociaciones históricas, habían recordado al pueblo lo que Dios hizo por sus padres en los tiempos que pasaron. Pero todo esto quedó resumido en la nueva revelación y en la nueva liberación que Dios proporcionó por medio de Cristo.

Y toda esta maravilla fue presentada de tal modo por el evangelista que quedó evidente que los gentiles que creyeron en Cristo tuvieron una participación completa y total de todas las bendiciones que El derramó sobre los creyentes judíos. La línea que separaba a Israel y a las demás naciones, pertenecía al pasado, y, cuando unos pocos días antes de ser crucificado Jesús, ciertos griegos que habían estado presente en la fiesta de la pascua, manifestaron el deseo de verle, la respuesta que les dio implicaba que muy pronto ellos tendrían tan libre acceso para llegar a El como cualquier hombre o mujer de su propia nación, porque "Yo", les dijo, "cuando fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo" (Juan 12:32). A todos los hombres sin distinción alguna, ya sean judíos o gentiles. A veces ciertos escritores que se han ocupado de los problemas relacionados

con el Cuarto Evangelio, se han preguntado si este evangelio está destinado a lectores judíos o lectores gentiles. Es del todo punto de vista evidente que está destinado a los dos, para que tanto judíos como gentiles por igual crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo en su nombre, tengan vida eterna (Juan 20:30,31).

La última frase pronunciada por Jesús desde la cruz que registra este evangelio, es "Consumado es" (Juan 19:30). Es una frase que condensa mucho lo que este evangelista subraya a través de todo su libro. En Jesús se consuma toda la voluntad de Dios; toda la revelación de Dios, todas las promesas de Dios. Dios había enviado su Palabra muchas veces en los tiempos pasados; pero todo cuanto dijo en aquellas ocasiones anteriores quedó completado y perfeccionado en el despliegue de su gloria manifestada en la pasión y el triunfo de Cristo. Juan describe la crucifixión de Jesús como la acción de "ser levantado", término señaladamente ambiguo, porque denota al mismo tiempo que Jesús fue "*levantado*" literalmente sobre la cruz, y que fue exaltado por Dios.

En realidad de verdad, Juan dice de un modo lo que el escritor a los Hebreos indica de otro, porque los tres primeros versículos de la Epístola a los Hebreos podrían ser considerados como un resumen del Evangelio de Juan. Lo que Dios dijo anteriormente a los padres por medio de los profetas, ahora ha sido consumado en su declaración final por medio del Hijo. Pero mientras el escritor a los Hebreos presenta su mensaje en la forma de una homilía, una "palabra de exortación" (13:22), Juan lo comunica en la forma de una narración, y su narración tiene, sin duda alguna, la forma de la predicación apostólica primitiva presentada en modo tal que su contenido permanente puede ser apreciado. Por eso Juan dice que el largo curso de la revelación que Dios hizo de sí mismo al mundo, alcanzó su consumación en un lugar determinado del tiempo y de lugar, dentro de circunstancias definidamente históricas.

Poncio Pilato, procurador de Judea desde los años 26 al 36, que trató el asunto del juicio de Jesús y le entregó para ser crucificado, "escribió un título que puso sobre la cruz, el cual decía *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos...*, y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín" (Juan 19:19 y sig.). Cuando los príncipes de los judíos le protestaron por las palabras que había escogido, les contestó, "Lo que yo he escrito, he escrito" (Juan 19:22). Y es probable que Juan, al informar la respuesta de Pilato, haya tenido el propósito de hacer ver que la respuesta del procurador romano tenía una permanencia aún mayor que la que Pilato mismo pretendió darle.

¿Pero qué les podía importar a los lectores helenistas de fines del primer siglo quien fue el Rey de los Judíos en el año 30? Si esa fue la condena que llevó a Jesús a la muerte, ¿qué significado tenía para ellos? Juan vio esta dificultad, y preparó a los lectores para que la superaran. En el relato que Juan presenta del examen que Pilato hizo de Jesús, narró algo

que los otros evangelistas no mencionaron: la inexplicable repugnancia de Pilato al ratificar la sentencia de muerte del Sanedrín sin mayores trámites. El Sanedrín había acusado a Jesús ante Pilato de la pretensión de ser el Rey de los Judíos. "¿Con que tú eres el Rey de los Judíos?", le preguntó Pilato. "Yo soy un rey", le contestó Jesús, *pero no en el sentido que tú te lo imaginas. Si yo fuera un rey en el sentido ordinario, pretendiendo un reino terrenal, mis seguidores estarían luchando para defenderme. Pero mi reino es el reino de la verdad, y Yo soy su Rey*'. No es de extrañar que Pilato interrumpiera con la pregunta "¿Qué es la verdad?" y suspendiera la investigación.

Pero si a los lectores helenistas de fines del primer siglo no les interesaba mayormente quién fuera el rey de los judíos sesenta años atrás, era de suma importancia que ellos reconocieran o no la verdad de Dios. Porque existen quienes preguntan: *¿Qué es la verdad?* en forma académica, y tratan de descubrir la respuesta sin que ella les afecte mayormente. Pero también hay quienes buscan la verdad con urgencia apasionada, resueltos a darse a ella por completo, si es que pueden dar con ella. Para estas personas la promesa de Jesús se hace verídica: "Buscad y hallaréis". Y aquí tenemos algo que es apropiado e importante para los hombres y mujeres de todas las épocas, porque el Verbo se hizo carne, sufrió por nosotros los hombres para nuestra salvación, "bajo Poncio Pilato", y vive para siempre jamás. En El la verdad eterna se ha acercado a nosotros. En El Dios ha venido a nosotros; por medio de El podemos ir a Dios. Cada palabra de Dios que ha llegado a los hombres, ha venido por medio de Él, lo sepan los hombres o no. De cualquier manera que se defienda el evangelio, no puede ser defendido haciendo concesiones que lo privan de su esencia o disminuyen del título de nuestro Salvador el ser llamado La Palabra de Dios. La apologética cristiana de nuestro día debe tener la misma afirmación que tuvo la del siglo primero que se hizo eco de las palabras de Jesús cuando dijo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie viene al Padre sino por mí" (Juan 14:6). La postura de Dios está encarnada en el Amor encarnado, y ese mismo Amor encarnado incorpora la postura del hombre frente a Dios.